



PREMIOS 2020

XL CONCURSO NACIONAL
A LA CULTURA LABORAL



REPÚBLICA DE PANAMÁ

GOBIERNO NACIONAL

MINISTERIO DE TRABAJO
Y DESARROLLO LABORAL



MEMORIA 2020



Tema:

**SEGURIDAD LABORAL,
FUNDAMENTO DEL
TRABAJO DECENTE**

Categorías:

ARTESANÍA

CUENTO

DÉCIMA

ESCULTURA

FOTOGRAFÍA

PINTURA

POESÍA



TRABAJO DECENTE
Y CRECIMIENTO
ECONÓMICO

8.8 Proteger los derechos laborales y promover un entorno de trabajo seguro y sin riesgos para todos los trabajadores, incluidos los trabajadores migrantes, en particular las mujeres migrantes y las personas con empleos precarios.



REPÚBLICA DE PANAMÁ

— GOBIERNO NACIONAL —

**MINISTERIO DE TRABAJO
Y DESARROLLO LABORAL**

Esta publicación cuenta con la colaboración del Ministerio de Trabajo y Desarrollo Laboral, a través del Instituto Panameño de Estudios Laborales. El contenido de la misma es responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja, necesariamente, la postura del MITRADEL / IPEL.

Todos los derechos reservados

MEMORIA 2020

ISBN 978-9962-625-34-6

IPEL

Premios 2020

XL CONCURSO NACIONAL PREMIOS IPEL 2020

SEGURIDAD LABORAL, FUNDAMENTO DEL TRABAJO DECENTE

Escultura

Artesanía

Pintura

Décima

Cuento

Fotografía

Poesía

Ministerio del Trabajo y Desarrollo Laboral

Doris Zapata Acevedo
ministra

Roger Alberto Tejada
vice-ministro

Winston I. Sánchez A.
secretario general

Instituto Panameño de Estudios Laborales

Román Gordón Randolph
director técnico

Jorge Elías Murillo
sub- director

Víctor Torres
jefe del Departamento de Investigación
Socio Laboral.

Reinaldo Cerrud
jefe del Departamento de Docencia.

Osiris Carvajal
jefa de la Dirección Administrativa.

INDICE

Introducción.....	09
Ganadores de Pintura.....	12
Ganadores de Escultura.....	16
Ganadores de Artesanía.....	20
Ganadores de Fotografía.....	24
Ganadores de Cuento.....	28
Ganadores de Poesía.....	96
Ganadores de Décima.....	184
Jurados.....	194

Introducción

El Ministerio de Trabajo y Desarrollo Laboral (MITRADEL), ente gubernamental encargado de la promoción de políticas públicas dirigidas al fortalecimiento de la paz social y el respeto a los derechos fundamentales en el ámbito de las relaciones de trabajo, ejercidas fundamentalmente por los trabajadores y empleadores, realiza una serie de actividades que inciden positivamente en el cumplimiento de sus responsabilidades.

El Instituto Panameño de Estudios Laborales (IPEL), adscrito al MITRADEL, que promueve la formación superior, capacitación, investigación y la difusión cultural, planifica, organiza y ejecuta cada año, el Concurso Nacional Premios IPEL a la Cultura Laboral en el cual se incentiva a los trabajadores a participar en el mismo a través de la presentación de las obras artísticas dentro de las siete categorías establecidas, siendo estas: escultura, artesanías, pintura, décima, cuento, poesía y fotografía.

Dentro de los participantes, siete obtienen los primeros lugares de cada una de las categorías, la misma cantidad los segundos lugares e igualmente los terceros; por consiguiente 21 trabajadores son los que reciben premios distribuidos así: B/5,000.00 para los primeros lugares, B/3,000.00 para los segundos lugares y B/2,000.00 para los terceros lugares; haciendo un total de B/.70,000.00 balboas en premios.

La presente memoria identifica a los ganadores por categorías y muestra precisamente las obras ganadoras del concurso en su XL versión, de tal manera que los autores vean sus trabajos plasmados en la misma y también permite que los trabajadores conozcan las valiosas obras artísticas construidas y redactadas por estos.

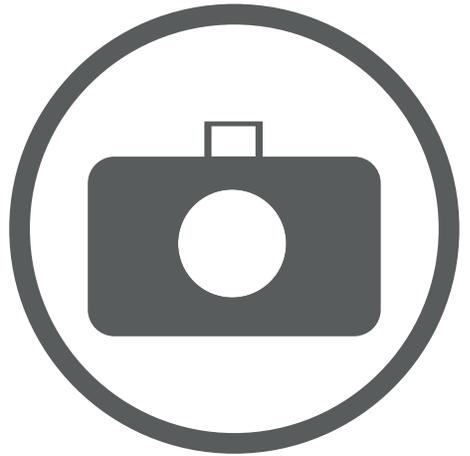
Este año 2020, los trabajadores artistas se inspiraron en el tema central Seguridad Laboral, Fundamento del Trabajo Decente, felicitamos a todos los ganadores del concurso y agradecemos a todos aquellos organizadores que hacen posible la realización de eventos como estos que enaltecen la cultura laboral en cada una de sus expresiones.

Doris Zapata Acevedo

ministra



CATE, GORÍA



AS





CATEGORÍA



PINTURA



PRIMER LUGAR



A LA INTEMPERIE DE NUESTRA REALIDAD.

**MAIKEL ELIECER
MENDOZA
VILLARREAL
Panamá**





SEGUNDO LUGAR



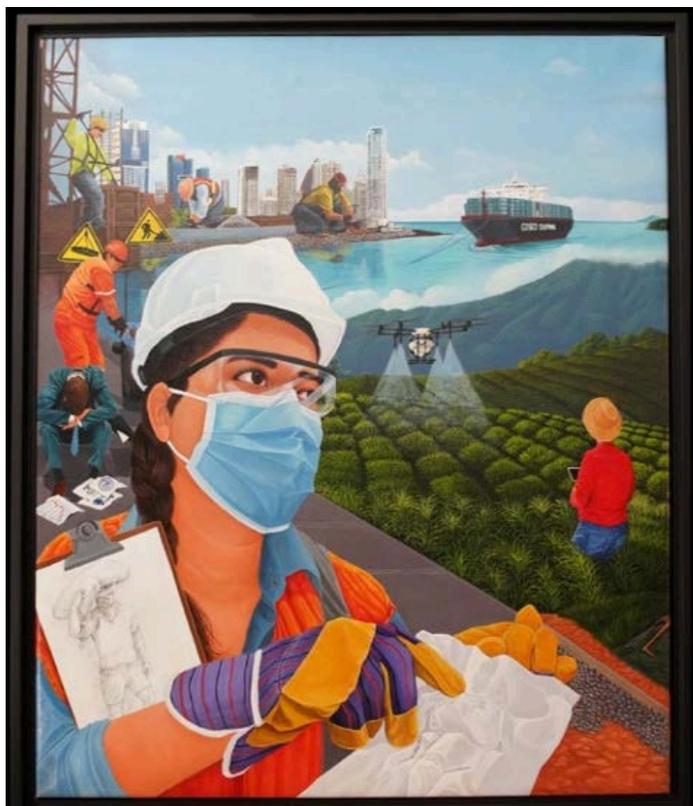
**IMAGINANDO
LA SEGURIDAD
LABORAL.**

**RADAMES
MANUEL PINZÓN
HEREDIA
Panamá Oeste**





TERCER LUGAR



**LIBERTAD,
IGUALDAD,
SEGURIDAD
Y DIGNIDAD
SEGURO.**

**DAMIAN ORIEL
RIVAS MENESES
Panamá Oeste**





CATEGORÍA



ESCULTURA



PRIMER LUGAR



**POR TODOS
PROTEGIDOS Y
SEGUROS.**

**DANIEL
ERNESTO
MURILLO
GONZÁLEZ
Herrera**





SEGUNDO LUGAR



DOCTOR-20

**MIGUEL ANGEL
CARRERA RAMOS**
Veraguas





TERCER LUGAR



**SEGURIDAD
PILAR DEL
TRABAJO**

**JOSÉ ÁNGEL
VALDÉS**
Panamá





CATEGORÍA



ARTESANÍA

PRIMER LUGAR



**UN PAÍS
SOLIDARIO Y
SEGURO CON
IGUALDAD
LABORAL Y
EQUIDAD
GÉNERO.**

**GIMA OMARA
GUTIERREZ
VILLARREAL
Los Santos**



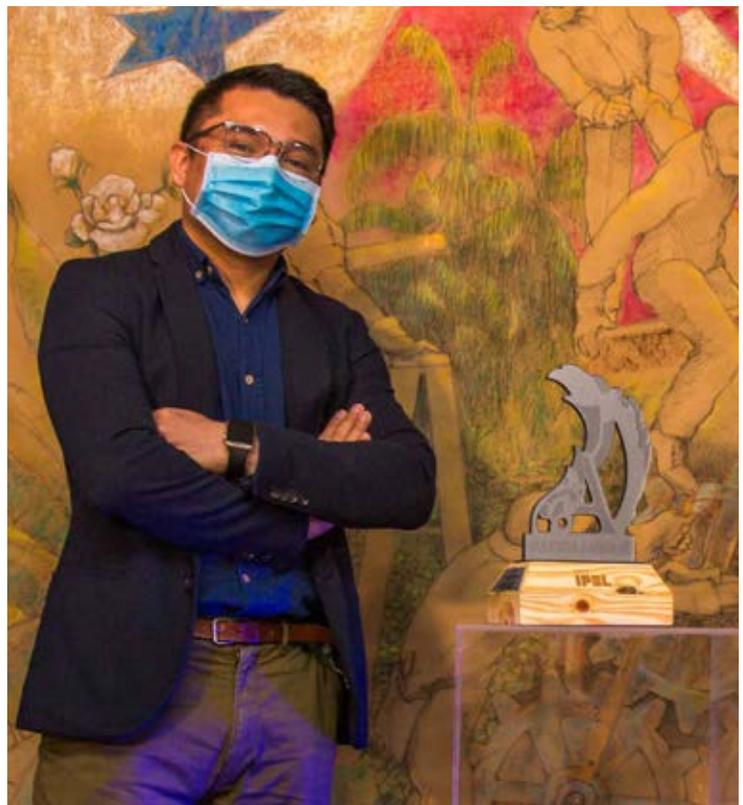


SEGUNDO LUGAR



**ENGRANAJE
LABORAL.**

**MANUEL
CARDENAS
MARTÍNEZ**
Panamá



TERCER LUGAR



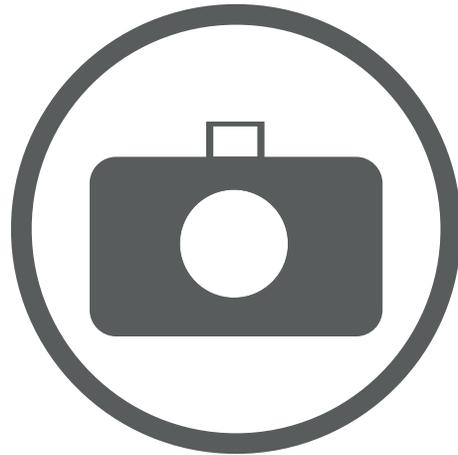
**SEGURIDAD PILAR DEL
TRABAJO**

**JORGE LUIS
CAMAÑO**
Panamá





CATEGORÍA



FOTOGRAFÍA



PRIMER LUGAR



ECONOMÍA FAMILIAR

**NELSON HACKIN
CASTRO
Panamá**





SEGUNDO LUGAR



**EL CAMPO:
UN TRABAJO
DECENTE**

**ASTRID SOPHIA
AIZPURÚA LU
Panamá**



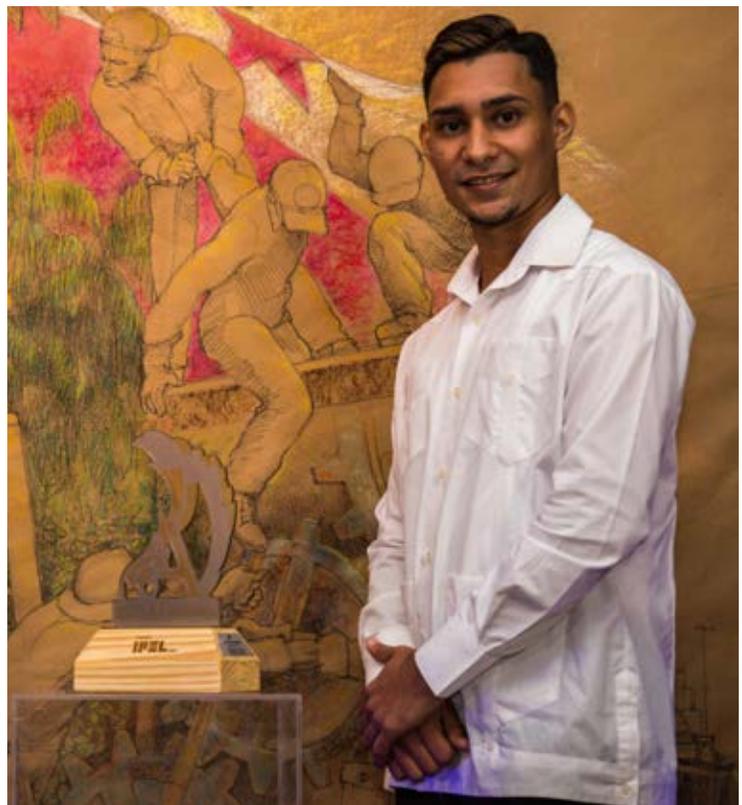


TERCER LUGAR



**TRABAJO
SEGURO, VIDA
SEGURA.**

**CÉSAR AUGUSTO
HENRÍQUEZ
DOMINGUEZ
Herrera**





CATEGORÍA



CUENTO



PRIMER LUGAR

BAJO LA ESTRELLA MÁS CERCANA.



SHARON NOEMI PRINGLE FÉLIX
Panamá Oeste



**Bajo
la
estrella
más
cercana**



– ¡Desayunando y moviendo el culo! - irrumpió esa voz chillona y ochentona con la que convive lo que me queda de existencia.

Ahora que lo pienso y saco cuenta, son un poco más de quince años ya en esta gritadera que funciona como alarma a la hora de terminar mi cita con Morfeo, ella me lo había advertido por primera vez, aquellas fiestas patrias cuando crucé el puente y me instalé en este rincón que no dista mucho de parecerse al lugar donde me crie, yo sabía que mientras fuese menor de edad se hacía lo que ella dijera, total estaba en su casa. Siempre ha sido una mujer determinante en carácter; con el paso de los años la edad ha provocado estragos en su humor, prueba de ello eran las condiciones de convivencia que han ido cambiando de tiempo en tiempo.

– ¡No me importa que ya tengas cédula, si sigues viviendo bajo este techo se siguen miiiiiiis reglas, si no, ahí está la puerta! ¡Ya trabajas, pagas los recibos!

– Lo sé, no tienes por qué gritar, todos los vecinos te escuchan...

– ¡Cállese que estoy hablando carajo!

Generalmente me iba moviendo el culo a desayunar para complacer a Yuya, viéndola de reojo con esa cara de sarcasmo que es herencia de los González, ¡porque mmm! los Smith son gente conservadora, esos negros eran recatados y educados, habían llegado de las Islas Martinicas. La memoria familiar nos dejó bondades de esos ancestros y ancestros esclavizados, pero no esclavos.

– No, no no nooo, no señor no es lo mismo ni se pronuncia igual, - siempre replicaba mi viejo con su dedo alzado para negar con fuerza aquella condición sufrida por muchos.

Llegaron a la “tacita de oro” y de ahí en adelante fue un ir y venir en esto que heredamos por casa, de esa raíz colonense son los Smith, algunos deportistas; otros, cantantes, sobre todo muy estudiosos. Desde que Gregory y Bárbara Smith llegaron, han pasado tres generaciones, si bien estamos preparados, lamentablemente andamos casi todos desempleados, algunos primos dicen que es la lotería que no nos alumbró. Pero yo he comprobado que hay un estigma hacia todo lo colonense, eso que llaman discriminación entre dientes y de lo que poca gente quiere hablar quién sabe por qué; posiblemente no conviene que afuera el mundo se entere que los negros ocupamos importantes lugares en “el hub empresarial y financiero” por nuestros estudios y no por apellidos y parentescos. Me baño apurado como



ha pasado en los últimos meses cuando se puede, mientras Yuya suelta otro canto chillante ¡Mueve, el culo que vas tarde, coño! Algo si lo tenemos claro, los Smith son seriecitos, estas invitaciones de Yuya a menear la retaguardia nunca les han caído en gracia. Es que esta es una tradición familiar, dice Yuya, eso de andar cantando ¡desayunando y moviendo el culo! Mi abuela se la decía a mi madre, mi bisabuela solía usarla con mi abuela. Hoy todas descansan en paz, pero ha sido una costumbre, un decir, pué.

Ese día supe al fin que esto de desayunar y mover el culo es una tradición chiricana, de donde procede la familia paterna de Yuya. Bueno, de algo si están en plena consciencia en el linaje de las González, y es que no había mucho culo que mover, decía Yuya entre risas y aspavientos, porque mi pobre abuela y sus antecesoras estaban bastante pobres de la retaguardia, tenían nalgas de cebolla y cuando se trababan un vestido de baño el acto de mirárselas daba ganas de llorar, decía, mientras se ahogaba en carcajeos y levantaba la pierna derecha en el sofá de tela rasgada que nos ha acompañado como testigo mudo de muchas desgracias y emociones hace ratos. A la sazón de esta sentencia todo quedaba en un dicho popular, en una fijación de mencionar el culo, cuyo término, por cierto, está en el diccionario, para escozor de algunos tantos que pareciera no se lo limpiaran cuando defecan y no soportan siquiera escuchar la palabra. Indudablemente, aquellas bromeaban hasta de sus traseros, es que la gente de campo vive feliz hasta de su inconformidad, yo le metía la mofa de zarandear la cola, solo para ver sonreír a la abuela, a menudo ella se iba alejando para que no la viera en un afán de mantener su autoridad, pero la pedorrera que le daba la delataba, ahora en el sofá parece derretirse de la risotada, y yo, disfruto este “lapsus abuelus” porque quién sabrá cuándo la veré con este genio de nuevo. La gastritis con los años hizo estragos en las tripas de mi querida Yuya, de ahí que, si no se tomaba un par de remedios en la madrugada la pasaba mal todo el día. Ella justificaba las molestias de salud con eso de que después de los cincuenta si no andas preso te andan buscando. Tal vez a eso se debe el insomnio, de lo contrario no tendría sentido el alboroto que arma para despertarme. A decir verdad, reconozco que parezco un santo de procesión en mi rutina diaria, aclaro que aquel término para nada tiene que ver con un exceso de moral, únicamente me refiero a la dinámica que tienen en los pueblos del sector oeste donde nací, esa de mover las imágenes de los santos para donde les da la gana a la feligresía, sobre todo los viernes santos, que si pasar por el arco que atavía la casa de la doña que patrocina la misa, que por la calle donde nació



tal alcalde; abusan de los pobres santos, solo porque no hablan, peor es si se da un cambio de párroco, vaya a saber si no le gusta tal devoción y quedan abandonadas en depósitos que nadie va a visitar, hasta que un hongo la consume por completo y no se recuerda de ella ni el señor Valentín, ese que trataba las imágenes como si fueran sus hijos. ¡Quién sabe si estará con vida ese cristiano! Concorre parte del folclor del pueblo, ese se armaba unos escándalos cada vez que pasaba una de esas estatuas por una calle, por el cuidado de que no toparan con los alambrados eléctricos. Era tanto el escándalo que el cura terminaba callándole la boca porque sacaba a la gente de la

concentración del rezo y hasta los bomberos quedaban confundidos en la tonada ceremoniosa que acompañaba al santo sepulcro.

– ¡Ey, tú, es pá arriba!

– ¡Cómo, para dónde don Valentín, avise!

– ¡Ayalaaaa... ¡Muévelo suave, lo vas a estropear, carajo!

Esos revolús de santos son tan grandes, que si le cambian la peluca a María Magdalena, que si el anda donde iba el gallo se enredó con uno de los arcos de flores porque la señora Tita quiso que se apreciara abajito, en fin...

Cada mañana, yo simulo ser una imagen, a diferencia de los santos yo mismo me muevo, no ando con pendejadas de que me agiten. Mi procesión inicia desde que medio sonámbulo me levanto de la cama, luego deambulo delirante hasta el sillón para dos ubicado en lo que hace de intento de sala, donde solo lo acompañan el taburete, el sillón deshilado de Yuya y esa butaca vieja y sabrosa para seguir la hueva que me impide despabilarme. Siempre he presumido que tengo todo bajo control, y es indiscutible.

En cada estación dilato puntualmente unos cinco minutos, no más, lo testifico. Salvo el día en que me quedé dormido diez minutos de más, estaba en la taza del inodoro cuando atendí el desmadre acústico.

– ¡Lo tuyo es enfermizo! -A tu edad no deberías estar con esos adormecimientos ni perezas. -Bien decía mi madre, la flojera es producto del demonio. ¡Es pecado!

Yuya se tornaba fanática religiosa algunas veces. Lo incuestionable era que si no abordaba el minibús que salía desde mi barrio a las cinco de la madrugada, no lograba llegar a tiempo al trabajo. Desde que construyeron la línea dos del metro me ahorra un par de horas de sueño, sin embargo, persistía la



dificultad de traspasar para llegar hasta la zona, esto implicaba intentar conseguir un lugar en uno de los pocos autobuses alimentadores, literalmente significaba una verdadera proeza, un acto olímpico. Ya varias veces había perdido la lonchera, el celular, cuanta cosa llevara guardadas en las bolsas del pantalón. El coge nalgas que se forma en esos lugares asusta, pierde uno la dignidad por delante y por detrás; a las mujeres les va peor, tocadura de tetas o que les arrime el tolete algún depravado, se ve toda clase de vaina en esos tumultos. Una de esas veces en que me vencía el cansancio y el transporte iba lleno a más no poder, un pelá'o gritó de repente, todos quedamos sagaces viendo si se trataba de algún robo, no' mbe, que va, la escena era una demencia completa, una billetera agarraba su tablero con una mano y con la otra mano le tenía los huevos apretados a un degenerado que por la gritería entendí que le venía preñando el brazo desde un par de calles atrás. La cantaleta fue tan fuerte que toditos quedamos activados, la señora no le soltó los chécheres al man hasta ni porque aparecieron un par de policías y pudo explicar todo con esa forma cantada que tienen las madres y abuelas de llamar la atención; el cuento era melodioso y los nobles del man se movían como pareja en pleno pindín al son del relato mientras los manejaba con aquellas manotas la doña indignada por aquel atentado. Esos casos de valentía no se ven todos los días, en ese rato no faltaron los celulares y ¡pá! el man ya estaba en redes, ¡chuleta! Ahí me di cuenta que la mayoría de mujeres solo echan el cuento, no hacen nada cuando les pasa esa vaina, es que estos días son difíciles, los temores caen de todas partes; aquí nadie se salva, yo me intimidó cuando veo grupos de chiquillas de escuela, desde un día que andaba medio apendejado; de la nada una muchachita se acercó y me dio una nalgada, ¡chuzo! quedé congelado y con ganas de gritarle que respetara, pero tenía las de perder, estaba cerca un policía de menores y el grupo de las estudiantes traviesas era grande, no me iban a creer a mí, menos con esa pinta que llevaba de obrero, desde siempre he visto cómo nos miran, los estereotipos que se tienen, el bajo respeto, no tenemos ni que abrir la boca cuando ya nos tachan de lo que sea. Es que la gente piensa que a los hombres no nos acosan, ni se imaginan, ¡Claro, no son iguales los casos! si acaso uno entre mil, las mujeres tienen más desventaja que nosotros, eso es seguro, también de que ese día fui ese uno en mil.



A las seis ya estaba en la ciudad, gracias a la segunda línea del metro, de eso ya hace un año. La gente creo que ya ni quiere recordar al ex presidente, por lo mismo de siempre... robó y endeudó al país con esta obra; una cosa es cierta, a los pobres como yo, que usamos los trenes porque nos ahorra un par de horas de vida en los peligros de la calle, callamos ante la corrupción de ese, del loco, del muñeco viajero, de la yeya, y el etcétera que esta vaina implica, ojo que no es porque estemos de acuerdo con el ladrón rabiblanco, la causa muchas veces es la impotencia y, otras tantas, la necesidad, años de viajar con sueño, con dolores en el cuerpo, con problemas que produce el mismo trato con la gente en el trabajo que nos llevamos en la mente a casa. Es por eso que cuando nos bajamos en alguna de las estaciones y te salta agresiva una de las tantas periodistas que pareciera que obligaran a pintarse el cabello de rubio y a operarse hasta las orejas, siempre es la misma pregunta

– ¿Cómo se siente con el metro? ¿Le reduce las horas en las que se ve forzado a madrugar y puede dormir más y pasar más tiempo con sus seres queridos?

– ¡Bien! –Apenas eso atino a responder.

Digo... ¿Qué otra cosa le voy a manifestar a esa hora tan temprana de la mañana donde llevo las neuronas frías? Además, ya ella ha dado la respuesta y no entiendo para qué me pone el micrófono. Por eso siempre que me encuentro a uno de estos ejemplares de tv saco mi dentadura impecable propia de este negro chocolate de fiesta, aunque no de la mejor respuesta, y de sobra sé que la fulita ha empujado la contestación que quería. Todos son iguales, me han entrevistado ya como cinco veces en eso que llaman sondeos, los del barrio

piensan que estoy bajando unos palos de más por la fama y aquello de la envidia, pero no, la chamba de la construcción me da para comer y comprar mi ropa de farra y tirarle una ayuda a Yuya, nada de gastos innecesarios.

.....

Acá no cabe aquel dicho de que Juan Seguro vivió muchos años. A kilómetros, en casa de mis viejos el día comienza a las cuatro cuando el gallo carraspea su pescuezo y se siente el merodear de papá con su único ojo, rumbo a quitarse el tufo nocturno con un baño de avión, ese que solo enjuaga las alas y el motor. Con el tiempo mi papá se puso friolento a consecuencia de la diabetes que desarrolló por estar tantos



años tomando esa soda negra y famosa que envenena, lo hacía con el afán de no quedarse dormido en la máquina de troquelar y para evitar mutilarse un dedo o la mano. Desde aquel examen de glucosa alta que lo sentenció como diabético lo persiguen los achaques, desde soriasis hasta seborrea le ha salido, pero, aun así, eso de despertarse temprano no falla, él dice que quien duerme mucho está perdiendo vida. Total, he llegado a especular que nadie está seguro en ninguna parte, el cansancio es una caja de gotas que no se convierten en perlas, por eso yo duermo las ocho horas en mi reloj, aunque sus agujas no marquen los tic toc's de privilegios. Seguido que recuerdo a aquella jefa de retinología que le recetó a mi viejo ese medicamento que le elevó los niveles de azúcar y le produjo la pérdida progresiva de visión en uno de sus ojos, siento impotencia y me lleno de rabia que no logro alivianar, total en este país siempre es igual... el rico como quiere y el pobre como puede. Mi papá había ido al departamento de riesgos profesionales del seguro social porque su trabajo de tipógrafo le estaba produciendo cansancio visual, ese fue el inicio del viacrucis para él, que terminó con un traslado de sus labores a una zona cercana a la casa en el oeste y el fin de la paz para mi mamá que más parece administradora de restaurante, el sacrificio es ineludible, no se puede dar el lujo de comer nada fuera de la dieta o se descompensa feo. Con el tiempo supe que papá fue perdiendo su vida pública de deportista, que lo liberaba del estrés laboral; un buen día encontró una salida, se trabó unos lentes oscuros para ocultar la ceguera, dejó de frecuentar espacios lúdicos, su autoestima fue decayendo, aunque todavía le queda un poco de ese genio que tenemos los Smith para joder la paciencia cuando queremos. Al final de todo el honor apellido es importante.

Después de ese suceso, la situación económica en casa empeoró, y yo salí en medio de tambores y serpentinas ese noviembre a la casa de Yuya, mi abuela materna, con el pretexto de que la acompañaba. Siempre tuve consciencia de que se trataba de una boca menos para alimentar de las siete que en esa casa vivíamos. Apenas tenía quince años. Ser el hermano mayor te hace madurar a la fuerza, tocó aprender a cocinar, a limpiar a tus hermanos menores y hasta a ayudarles con las tareas de la escuela. En un hogar pobre no hay chance para discriminar quién hace qué, te toca y punto, el hecho de que falten cosas no quiere decir que uno sea cochino ni bruto, lo que dice mi mamá es palabra de Dios, por eso no se puede obviar leer los libros que tiene en un anaquel viejo en la habitación de las mujeres, tampoco tener una



limpieza extrema que incluya bicarbonato y limón en las axilas, y ese estropajo que te saca la mugre de raíz.

.....

Cada vez que voy en el metro y miro mis botas sucias al lado esos zapatos lustrados, siento envidia, no de la mala, solo esa que sale porque alguien tiene la culpa y no yo. Y es que no hallo la forma de acostumbrarme en un año a esto de tirar cemento. Siempre agradezco el trabajo, lo hago con esfuerzo y respeto a cada uno de mis compañeros, pero hay días donde creo que mi cuerpo no nació para esto. Muchos años de vida bancaria me dejó un cuerpo debilitado y sedentario, cuando hago doble esfuerzo todo me duele, desde tocar el palaustre hasta ponerme el casco, más los días de altas temperaturas, esos me cocino hasta los huevos y juraría que se me sancochan. Y lo peor es que en aquella parte de donde vengo el agua se nos va hasta por diez días, no alcanzo ni a darme un baño digno, y se me nota, aunque trato de ocultarlo; en la cuadrilla un día me jodieron.

– Heeey, te tocó baño polaco.

– ¿Cómo así?, solté, con esa parte ingenua que aún me queda.

– Ese que solo enjuaga culo y sobaco... - La docencia surgió de manera espontánea... Las risas fueron el inicio de aquella jornada.

En esa parte de la jungla de cemento, diez no es un número ganador de la lotería, son los días donde una paila arrocera es toda la reserva de agua; sí, son diez los días que no ha llegado el agua hasta donde vivo, dicen que es por la alocada construcción de barriadas dí que jay clas, y como siempre le echan la culpa a las familias precaristas, ahora que estoy en el lado de los que levantan paredes me he dado cuenta del negocio torcido que es eso, autoridades y empresarios alineados, es una corrupción mugrienta como mis patas que han de oler terrible en este mundo de telarañas.

.....

Ser pobre es jodido, y si te arroja una piel como la mía, es más focop; desde mis días en la sucursal del banco lo tuve claro, Yuya no dice nada al respecto, pero cuando llego a la carpa de mi cuadrilla, uno a uno empieza con la mofa.

– ¡Ombe carne frita, hoy tampoco te bañaste!



Yo solo río, no me queda de otra, aquí si me molesto pierdo, porque la jodedera será pareja y aún el más callado sale adelante con los chiflidos y la insinuación de que eres mariquita si no aguantas la joda, cosa que no me importa que lo sugieran, no quiero problemas en el lugar donde paso diez horas diarias. De alguna forma siento que, en este lugar, con el calor del asfalto, me relaciono más que en mis días en el banco, aunque a veces extraño vestirme plisadito y perfumado, con aires de algo que no soy, ya ni me roba la calma que eso no se dé nuevamente. Estos gobiernos a veces parecen tortugas, otro tanto ganado suelto y del color que sean han dejado al país en la miseria, cada vez aumenta la vaina, el que vendrá también, el que sigue, y el que le siga a ese; las empresas siguen despidiendo desde hace casi dos años a sus empleados, no importa lo bueno que hayas sido o la cantidad de años en el puesto, esta es una ruleta rusa que acaba con las energías. Cada cinco años está bien una parte de la población, la que emplea el gobierno de turno, se les ve en la ropa, al mirar y en ese ego que parece salirles a quienes son servidores públicos y que se les termina con la llegada del otro partido al poder. En la empresa privada hay autoestimas altas también, sobran los wanabí, esos que pueden comprarse un carro y se creen yeyes... jajaja los “yeyepob”... y es que sufrimos de enajenación, aquí se prefiere andar en carro propio, aunque se coma solo arroz con atún de lunes a viernes, y no por salud, sino porque es lo único que les alcanza para comprar, porque somos pobres. Igualmente, dependes de alguien para estar en un puesto, y eso acaba con los años. Mi cabeza se despuebla cada día por los nervios, la dermatóloga me dijo que mi caída del pelo es por ansiedad, googleando supe que hay caspa nerviosa, y el tratamiento no es barato, aparte de que la persona queda desempleada debe gastar la plata de la liquidación en tratarse los efectos que traen las malas gestiones de un par de políticos de mierda.

Por eso, después de seis meses en desempleo, estaba entre ser taxista o ayudante de albañil, dos lugares ofertaron trabajo, necesitaban ayudantes y son trabajos honestos, en esos momentos donde somos presas de la desesperación y no nos alumbró la cabeza para meterle ideas de que estudiaste, te esforzaste y mereces tal o cual cosa. He visto a la mayoría de mis primos quedados hace rato en esas excusas, no salen a la calle a buscarla, por eso entre las opciones que tenía, eso de ser albañil me pareció más apropiado. La paga es justa, pero es un trabajo que asegura el pago semanal, tiene sus pros y sus contras como todo en la vida. Cada centavo que me gano es a puro sudor de mi frente



y del último pelo de mi cuerpo, sí literalmente sudo desde la frente hasta el culo, lo juro, me suda todo. Lo único que cambiaría sería poder darme un baño diario al final de cada jornada, pero Manolo, un maestro de obra, dice que no es bueno, que es mejor solo limpiarme el cuerpo porque lo he sometido a calor todo el día y me puede dar un espasmo y eso me podría ocasionar malestares que me incapacitarían por largo tiempo. Entonces, como decía el Chavo del 8, “Me dan ganas, pero me las aguanto”. Mejor me pongo a soñar con una lluvia de rosas, de esas que no he podido comprarle a Gloria desde que llegó el verano. Tengo días de no verla ni para comernos un helado nos da tiempo. El cansancio y la podredumbre a la que huelo a veces me hace alejarme de su linda compañía.

.....

Tiene razón Yuya, me despido de noche y de noche he de volver. A veces me siento que soy un ser nocturno, no por lo de negrito, de ahí que soy “Carne Frita”, que en nada me gusta, pero ¿qué le voy a hacer, a uno lo apodan, toca morderse la lengua y avanzar, y prefiero este, a otros les va peor, o mbe, eso de que le digan a un ser humano “lengua`e suegra”, “manchá`e plátano”, “mega mente” ó “cabeza`e noni”, nó mbeeee! esos sí que son apodos feos. Total, casi todos comemos carne frita y nos gusta, más de uno me recordará a la hora de la cena. Fernández, el capataz, buena gente y todo, pero falla, nunca ha hecho nada para impedir las bromas ni el bullying, no existen protocolos como en el banco, allá no se puede vacilar a nadie, se requiere un máximo respeto, ya la hora de la salida, es otra cosa. En las obras de construcción opera la ley del silencio, hay normas que se respetan y otras no. Por ejemplo, es obligatorio usar el chaleco de seguridad, están todos marcados con nuestras iniciales, cada quien debe dejarlo en su lugar al terminar, es lo primero que te dan al contratarte, incluso antes de las funciones escritas, sin embargo, nadie se preocupa del estado en que están. Trabajar la construcción es para estrategas, la gente se equivoca si dice que es un trabajo fácil, trabajamos bajo la estrella más cercana, esa estrella es el sol, como dice uno de los libros que mi madre me regaló antes de mudarme de casa. Es irónico, a veces digo que, aunque pareciera ser amigo el condenado, a veces nos jode, y vaya si me ha fregado la existencia. Cuando ya pensé que tenía ganada la faena, con la suma de un poco de reumas y cosas de principiante de albañil, justo ahora, me sale un maldito lunar en la planta del pie derecho. Se lo conté a Manolo – ¡Chaaalaaañéks... estás hasta la verga, fren, esa vaina es cáncer de piel!



– Tas loco, debe ser un lunar de familia, mis hermanas tienen en la cara y en el cuello montones, algunos parecen pelotitas.

– Nombre compa, esas vainas de las que tu tas hablando son tetitas de carne, lo tuyo se parece a lo que le salió a un pasiero hace unos años, y eso que dique él usaba buco vaina fren... protector solar y todas esas pendejaditas que usan los metrosexuales. La barbie le decíamos, chuuuleta... preguntale a Papá Pitufu pa' que veas....

– Beeestia, blod... tas loco! Chuleta, yo nunca he querido usar esas vainas, tampoco acá dicen nada para cuidarnos, ey, y yo creyendo que dique como soy negrito mi piel aguantaba más que la de otros manes.

– No fren, eso no tiene nada que ver, ese cabrón de allá arriba va disparando rayos como gringo tirando bala en plena guerra y así como dique te da vitamina C, te

hace una mala jugada. Pide permiso y ve a chequearte esa vaina es qué e.

Las casas son para vivir y los cuerpos para envejecer, esa debería ser la tónica de la vida. Esto voy meditando mientras espero al Doctor González, él atiende la Clínica de la Piel en el Hospital Oncológico. Manolo había leído un reportaje sobre el trabajo del Doctor en el diario Centenario. Manolo solo lee ese diario, los otros medios no los lee ni los ve ni escucha, porque los otros tienen noticias aprobadas por sus accionistas, los Motta, los dueños de Panamá y de Centroamérica, asegura cada almuerzo; en sus pequeñas clases de política siempre repite

– ¡Disque periodismo independiente, es noticia encargada que nos venden calentita como pasquín y aparte quieren que la gente se crea eso de que son prensa libre, por favor... ¡Solo investigan a gobiernos, pero a empresarios corruptos, a esos no, sinvergüenzas!

Las formaciones del gremio le habían enseñado mucho, algún día quiero ir y afiliarme para saber más de mis derechos, mientras tanto debo salir de este enredo de salud; luego tendré tiempo para leer más y entender estos viacrucis. Sigo mi reflexión y no puedo evitar pensar que en un país donde hasta estornudar cuesta, que haya consulta gratuita de calidad es un milagro. La cuestión es que soy porfiado y ya Manolo me lo había dicho desde hace quince días, el miedo me gobernaba. La ignorancia de creer que lo privado es mejor me llevó a pagar consultas en clínicas privadas, me mandaron cremas que ni al caso, ni siquiera acertaron en el número de protección del bloqueador solar que necesitaba, por suerte



mi amigo es un desconfiado e insistió que viniera y aquí estoy.

– Marcos Smith, -llamaron.

– Aquí doctor.

– Pase, siéntese, me espera un momento.

Cierra la puerta, saluda afuera y se sienta relajado con su estetoscopio en el pecho.

– ¿Qué lo trae por acá Marcos?

– Un lunar que tengo doctor.

– Déjeme ver.

Encendió la luz, usó una lupa, y ese lunar en forma de mapamundi, bien redondito, se veía más grande, tanto que grité.

– ¡Ayala mierda! ¡qué grande se ve! ¿Tengo cáncer?

– Tranquilo... ¿Qué le pasó?

– Está más grande Doctor

– Déjeme revisar... Mmmm... ok... ok... bien, no es un melanoma, puede estar tranquilo.

– ¿Melanoma?

– Sí, es el cáncer de piel más abrasivo. Ok ¿Ha tenido sangrado, enrojecimiento, endurecimiento?

– Nada de eso doctor.

– Bien, mire señor Smith, la mancha no tiene asimetría, es decir, tiene una misma forma en sus bordes, la coloración es constante, o sea, mantiene un chocolate oscuro, no tiene un diámetro mayor a siete milímetros. No luce mal, sin embargo, para descartar cualquier anormalidad haremos una biopsia donde extraeré un pedacito de la zona del lunar, aunque hay probabilidad que sea benigno, no nos adelantaremos, esperemos los resultados.

Luego de palpar mi talón como a un pedazo de masilla que agujereaba con sus dedos, el doctor salió de la sala, tardó como diez minutos. Podía escuchar al fondo esas musiquitas de los hospitales, esas que te dan sensación de casa de velación y no de un lugar donde vas para sanarte, de pronto me desconcentró una



voz suave, era una enfermera que parecía recién graduada, me pidió que la siguiera a otra habitación, allí estaba el médico, un tipo alto y delgado; así, tiempo yeyé estudiado afuera, pero de los que son buena gente, me consideré en buenas manos al ver que tenía mirada tranquila. De repente solo sentí una puyada pequeña en la zona del lunar y en menos de tres minutos un vendaje de gasa y esparadrupo me indicaba que el mal rato había terminado.

– Listo, le daré estas pastillas por si hay dolor en la zona. Vamos a mandar esta orden al laboratorio, en tres días venga a verme y vemos los resultados. Le aconsejo que tenga paciencia y equilibrio, preferible que no vaya a la faena. Le daré incapacidad, necesitamos que esté tranquilo y relajado ¿Sí me explico?

– Sí doctor.

Al salir, noté que por lo menos cinco trabajadores de la construcción estaban esperando la consulta del doctor, pude ver la misma angustia que yo sentía, tal vez por eso bajaban el rostro. Me pregunté cómo era posible que no me hubiera dado cuenta que este trabajo es una actividad que te pone en una fila esperando turno para ver si te enfrentas al cáncer de piel. Alejé la idea de que a mí todo me pasa, no me gusta parecerme a mis primos derrotados. Mi regreso a casa ya no fue igual, comencé a bajar la loma del Gorgas, en la mente iba sumando trabajos que te exponen excesivamente al sol, la venta ambulante debe cubrirse, miré el esfuerzo de los vendedores de frutas, de paletas, me recordé de los compas de las verduras en el semáforo, los que me venden vainas para el celular, la nicaragüense de

los quesos que se mama ese sol todo el día, las hormiguitas barrenderas... esta vaina me quitó una gran cortina de los ojos, tantas personas pasaron por mi cabeza en segundos, y algunas ideas absurdas, ¡esta vaina es de cuidarse! pensé, Mis pasos parecían pesar más esta vez, en esos momentos de sensación de un final inminente también imaginé cómo despedirme de mi familia y testamentar lo poco que tenía, mi perro con sus garrapatas, la máquina de cortar llano, hasta el ahorro del fondo de cesantías, ese que había elegido desde que salió la noticia de que los números de la seguridad social estaban en rojo, ese mismo día empecé a ahorrar para mi jubilación; tal vez debía retirar esa plata y dárselo a mi abuela. Siempre creí que Yuya se iba a ir primero, y aquí voy candidato a un cáncer de piel. No quise pensar más atrocidades y seguí caminando despacio hasta la estación del tren en la 5 de mayo, llegué sin darme cuenta que ni se me fue la vista en el tren como otros días, no reparé nada a mi alrededor, ni la gente



que no cede el asiento a los viejos, no pausé mi mirada en ofuscarme en absoluto, iba como si flotara en la nube de mi problema. Me bajé de la chiva y de una supe que Yuya cocinaba un guacho de mariscos, el olor llegaba hasta la parada, lo sentí desde que me bajé, conozco el toque de Yuya. También me hice el loco moviendo la cabeza para todos lados, no vaya a ser que alguien me pidiera un poco de ese refine, tan cara que está la libra de camarones, si quiero seguir comiéndolos tendré que hacerme pescador, y esos sí que tienen tostada la piel.

Yuya me vio llegar y salió al paso con un plato de macarrones y una montañita de salchichas. ¡Me jodió! pensé, el guacho sería para después; me senté en ese espacio que nos hace de sala. Ella se quedó de pie mirando hacia la entrada de la casa, en una olla olía a mar, no sé qué era y ella nunca dijo qué. La miré de reojo mientras le echaba kétchup al guiso, cosa que para ella es quitarle la gracia a su esfuerzo de deleitarme con lo que hacen sus manos, así que acto seguido se da la vuelta para no presenciar semejante sacrilegio.

Estando ella de espaldas, noté que se había calzado por primera vez las chancletas de cuero que le regalé hace dos navidades, qué vainas de los viejos de guardar las cosas y dejarlas para quién, por eso es que cuando mueren los familiares comienzan a pelearse hasta los pantis. Yuya era sumamente humilde, usaba vestido de manda, esos con cuadritos grises y blancos, tiene siete, uno para cada día, esa es su forma de guardar luto de por vida al abuelo, él murió en un hospital; allí trabajaba llevando y subiendo papeles como mensajero, de la noche a la mañana enfermó y empeoró, nunca supimos de qué, los rumores corrieron que se lo llevó a la tumba una bacteria, la misma que le entró al cuerpo a un señor que operaron de la vesícula. Ambos entraron caminando y salieron en un ataúd, qué seguridad hay en un hospital se pregunta Yuya, ninguna, se lo he dicho.

Mi abuela siempre ha usado sandalias, dice que sus favoritas eran de esas chinitas negras de algodón con florecitas de colores bordados, eran frescas y le iban bien con ese atuendo, pero hoy se puso las chanclas que le había regalado. Estoy convencido que las mujeres saben lo que nos pasa a los hombres sin siquiera abrir la boca, tienen una sabiduría que impresiona y nosotros creemos que las engañamos, qué vaina, recapacité mientras masticaba. Me quedé con los ojos colgando de la puerta, era como contemplar un cuadro de museo ver a Yuya de tarde, seguía siendo bonita en medio de su dolor e impotencia por la



muerte del abuelo; su única hija, mi madre, estaba lejos y atendiendo a su familión, yo viajaba una vez al mes a verles, y a tirarles la toalla con un par de dólares.

.....

Estaba quedado en el pensamiento cuando la abuela encendió la luz del disque comedor, empezaba a oscurecer, fue así que pude divisar que tenía un lunar parecido al mío, justo en el mismo lugar, en la parte de afuera del talón derecho.

– Yuya, ¿desde cuándo tienes ese lunar?

– Desde siempre Marquitos, lo tenía mi madre, tu madre también- ¿No me digas que no se lo has visto?

– No, nunca te lo había visto ni a ti ni a ella.

– Nunca me ves mijo, siempre te vas de madrugada y regresas muy tarde y oscuro. No podía creerlo, qué poco observador fui por tanto tiempo, y eso que jugaba a veces a halarle la orilla de la bata de cuadritos, como hacía el abuelo. Mi abuela tenía el mismo signo, se podía tratar de algo hereditario y yo abatido sin tener en cuenta la herencia. No había motivos para preocuparme de más, esperararía los hechos que de seguro no serían graves. Al día siguiente me di unas vueltas por la ciudad, esta vez el metro me sirvió para pasear, la verdad es que me detengo poco a ver lo bello que esta ciudad guarda y esconde, me consumo en el trabajo y nada más, vivo para trabajar. Ese mismo día entregué la incapacidad, iba cojeando, ayer no sentía molestias, sin embargo, hoy me traicionaba la mente. Nadie me molestó con mi sobrenombre, ninguno dijo nada, sabía lo que rumiaban, pero no tenía ganas de malos ratos. Al mirar al frente de la obra en construcción noté que estaba Gloria, siempre mirando desde la panadería del frente. Su delantal blanco con bolsitas de colores no ocultaba lo arregladita que andaba con ese vestido de flores, ese conjunto tenía todos los colores del universo, yo ni siquiera sé cómo le hacen para meterlos todos juntos en una tela, parecía un jardín completo con todo ese montón de hojas tiernas sobre fondo negro. Hoy si estaba de tiempo para saludarla, crucé la calle ladeando el pie, me senté en una de las mesitas. Me sequé el sudor, me miré en el espejo del mostrador y esperé que se acercara. Estaba atareada en trabajo, sabía que hoy no habría charla.

Gloria es colombiana, salió huyendo de la violencia en el Valle del Cauca, ese panorama es aterrador, dice. Ella me cuenta que muchos defensores de derechos humanos han sido



asesinados y sus familias amenazadas de muerte, por eso luego de medir sus probabilidades de sobrevivir a ese tormento, decidió vender lo poco que tenía y migrar a Panamá. No la ha pasado fácil, trataron de raptarla y obligarla a hacer trabajos sexuales, después en una casa donde trabajó como doméstica no le pagaron dos meses de salario y para colmo la extorsionaban amenazándola con decirle a las autoridades de migración su estatus, el señor de la casa le coqueteaba a escondidas, aunque la esposa lo imaginaba, y se callaba.

– Es que vea mi Marcos la gente de plata cree que quienes tenemos necesidad somos ignorantes, -dijo un día, con su acento cantado cada vez que cuenta algo que no le gusta.

La cuestión es que no le quedó otra opción que huir de ahí, trabajaba doce horas sin día libre. No tenía nada de libertades, y no lo sabía. La cocinera del pent-house de al lado la ayudó a que escapara, así se fue a una residencia de una amiga colombiana que ya es ciudadana panameña y le ofreció vivir alquilando un cuarto del apartamento de ella, de otra forma no podía quedarse porque la cosa estaba dura para todos. Ya superó la cárcel yeyé en Punta Pacífica, es libre a medias, porque debe estar encerrada en una vivienda con verjas de hierro para separarse de la maleantería en Pan de Azúcar, que de azucarado solo tiene el nombre; más ahora con los despidos masivos en el país parece haberse acrecentado la delincuencia, las balaceras se escuchan a lo lejos, Gloria dice que no se termina de acostumbrar a esto. El ser humano es un ser de costumbre, nos quedamos adaptando al calor, a la suciedad, a la pobreza, a casi todo, pero a la violencia, no creo que haya posibilidad de acomodarse, tal vez es un hecho que se trata de ignorar. Gloria me ha dicho que teme que esos sonidos se le hagan tradición, no quiere decírselo a su hospedera, no quiere pasar por mal agradecida, aun así, le da las gracias a la vida que pudo salir de aquella casa donde el marido de la patrona la acosaba y la veía como juguete sexual, a sabiendas de la doña. Desde hace poco trabaja como vendedora en un local de pan colombo-venezolano, gracias a un permiso que ha pagado porque de lo contrario tendría que esperar años por el negocio juega vivo que hacen en migración, con lo que le queda de dinero está tratando de ahorrar para sus papeles de residencia permanente. Le pagan lo de ley, ni más ni menos. Todo su sueldo se le va en terminar de pagarle al abogado y en el pago de la renta, me ha confesado que no le alcanza ni para comprarse un brassiere nuevo. Solíamos sentarnos las tardes después de su turno y de mi trabajo, a platicar y a tomar café, solo a eso, que para



mí era mucho. Es que los hombres y las mujeres platicamos, hay una fama que pinta a los trabajadores de la construcción de acosadores y abusadores sexuales, no es cierto, piropeadores si somos, pero por lo menos a mí por ser negro, pobre, y trabajador de la construcción, el resultado es que a cada rato me paran los policías, y me tratan de maleante, drogadicto o ladrón. Como si los abogados, doctores y curas no fueran ladrones y acosadores. La buena parte de la historia es que Gloria es otro tipo de persona, ella no cree en prejuicios, me siento cómodo y es por eso que cuando tiramos lengua es largo rato. Ya varios días que deseaba verla, me estoy acostumbrando a su acento cantadito donde alarga la última letra de la palabra que pronuncia, a esos cabellos teñidos con tres colores, y esa cumbia que trae en sus caderas y nalgas, hay quienes critican a quienes se operan, a mí me encanta apreciar la belleza de las mujeres, no me importa si el elemento que exhiben son de ellas o se las pusieron en una clínica, para gustos los pabellones, las curvas de Gloria son las de Gloria, no exagero, la primera vez que la vi imaginé que se había metido algo debajo de la falda y que no era posible que todo eso fuera de ella, era ignorancia de hombre, de tipo de pueblo, no era burla, apenas curiosidad; con el paso del tiempo y la confianza me contó que en Colombia las mujeres se operan desde las orejas hasta las pantorrillas, es barato, hay clínicas certificadas, aunque no todas, y que no es usual, como pasa en Panamá, que se publique en diarios una cirugía, porque para ellos es un hecho natural. Desde ese día mi madurez como hombre creció, se lo conté a unos compas de mi cuadrilla, por eso es que nadie la vacila delante de mí, es que pese a lo que se pueda sospechar hay un criterio de respeto entre los obreros, de eso se sabe poco, pero no nos pisamos las mangueras, no nos metemos con la guial del otro, eso es sagrado. Así que Gloria es mi “pai” según ellos, y aunque no sea verdad lo hago pasar así para que no se metan con ella ni la piropeen, se siente feo eso, lo viví con aquellas chiquillas, por eso me molesta que a las mujeres les chiflen o piropeen en la calle, ojalá todos pasaran por lo mismo con un grupo de chiquillas locas y manoseadoras, quizá solo así acabará ese cacaraqueo desde los andamios, que parece más desespero de reos que hombres que tienen esposas, novias y hermanas. Por eso yo callo sobre Gloria, que piensen lo que quieran, a ella ni a mí nos importa. Somos felices hablando de todo y de nuestros problemas, jugamos a ser psicólogos, yo cuando ella está en penas y ella cuando ando cabizbajo, ese acuerdo no incluye las épocas en que por vainas de la carencia andamos con el bolsillo roto, o los días en que por culpa de esta inequidad social de mierda



no me baño, esas fechas huyo de su vista, me tiro perfume y me encamino a la chantin volando. El golpe de ala es cosa seria, se pega, es detestable e incómoda, y Gloria no merece eso, si pudiera le regalaría una tina llena de rosas.

.....

Llegó el día del veredicto, la lectura de los resultados médicos. Esa madrugada me lavé rapidito, había agua en unos tanques que recogí el día anterior porque sabía que amanecería como gorgojo. Esta vez no tenía gusanos el maldito balde, la vez pasada se me pegaron unos y me los llevé de aretes a pasear sin darme cuenta. Me levanté de un tiro, no hubo chance ni de desayunar moviendo el culo, a las siete de la mañana ya estaba en la parte de afuera del consultorio del doctor González. Él llegó puntual.

– Señor Smith, pase.

– Dígame Marcos, doctor.

– Listo, Marcos. Escuche, tenemos buenas noticias, no obstante, hay cosas que debemos seguir evaluando con cuidado. Le explico, los lunares que tenemos en nuestro cuerpo desde el nacimiento y los que varían con el paso de los años tienen mayor posibilidad de transformarse en malignos. Entonces no cantemos victoria, aunque la biopsia reveló que su caso es benigno como vislumbraba.

– ¡Sí!

– Así es, puede usted estar tranquilo.

– ¿Eso es todo?, -me desesperé en preguntar.

– No, un momento, lo que haremos es tenerle en observación por un periodo largo de tiempo para ir notando cómo evoluciona. Esto también para reconocer los cambios en los lunares siguiendo una tabla que le daré. Sucede que es crucial detectar el melanoma maligno en sus etapas tempranas, nos ha pasado que los diagnósticos dan giros inesperados. Para esto necesito que esté pendiente por si el lunar cambia de forma, si los bordes se muestran irregulares, el color no es uniforme o si el tamaño es de mayor dimensión que el borrador de un lápiz mongol.

– ¿Puede con esa tarea?

– Sí doctor, muchas gracias, haré todo lo que me indica.

– A cuidarnos Marcos, mucho protector solar, ropa fresca y que cubra bien las



zonas de la piel, es preferible que cuando no use el casco en días libres, utilice gorras o sombreros. Por lo demás, puede continuar con la faena, mucha suerte, sé que estará bien.

.....

Esa tarde al salir del hospital fui feliz, mi existencia colgaba de un hilo desde aquel pinchazo en mi talón y ahí los aires de la vida me devolvían el aliento, aunque ese día de nuevo me acompañaba ese sabor a hígado porque andaba sin desayunar y eso me pateaba los órganos, pero bueno, al fin y al cabo, es aliento, no estoy para exigir. Tomé las hojas de las recetas médicas, crucé la puerta de vidrio y caminé loma abajo en avenida Ancón, y me senté en unas banquitas, de un lado se divisaban las oficinas del Órgano Judicial, un edificio tétrico, aburrido y nada inspirador de los derechos que a veces no son tan humanos, de momento sentí pena al recordar el caso de Abdul, un compañero que tiene un lío justo ahí, y no por mala gente o mal padre de esos que no pagan la pensión alimenticia, sino porque la madre de los niños pareciera creerse protagonista de una caso de ese programa famoso de una doctora, ha llegado en más de una ocasión al trabajo a gritarle que se cagará en su vida, que lo verá en la calle y rogándole que ella se conduela. Sus amenazas son un matraqueo que le tiene orquestado y lo tiene impotente, aquí el amiguismo es cosa horrible, y la protagonista parece ser íntima compinche de una fiscal, por eso logra cosas raras, desde ir a cortar el monte de la casa hasta tener que comprar comida para un gato y un perico de los mellos. No tiene orden de conducción, pero lo tiene aterrorizado. Ese sí que está jodido, al ser migrante no puede darse el lujo de que lo detengan, es una deportación inmediata y dice que a Nicaragua ni loco regresa. De los miles de casos de mujeres que no reciben ni un real de los huevones que tienen por padres de sus hijos, a este infeliz le tocó una loca y de ñapa un conecte en el sistema de justicia corrupto del país. Es que a ese todo le ha salido mal en Panamá, cuenta que, en un trabajo con un contratista de pintura, lo hicieron estar dos días bajo sol y nunca le pagaron; el dueño del edificio dijo que no le gustaba el trabajo y que no iba a pagar nada, y que, si insistía en pedir pago, llamaba a migración. Estos asuntos eran de todos los días en la obra, cada persona nueva que venía traía un saco de desesperanzas. Es que la vida no está completa para nadie, pero hay gente que se las ve a gatas. Mejor miro para otro lado, a veces las tristezas ajenas me bajan las energías, es que me da impotencia y creo que si eres pobre eres doblemente jodido.



Del lado contrario unos grillos llaman mi atención y quedo perplejo al ver el jardín del Museo de Arte Contemporáneo, es una paleta de matices, cualquier momento loco traeré a Gloria a una exposición, he visto los anuncios en redes. Miro alrededor, el panorama el que ofrece este parquecito parece una postal, pensar que en medio de la desgracia del cáncer hay árboles, cuántos enfermos habrán llorado aquí después de haber recibido un diagnóstico de desahucio, cuántos abrazos se habrán dado bajo estas sombras, cuántas despedidas para siempre... En este momento quisiera ceñirme a Gloria, si Gloria... ¿Será que me estoy enamorando? No creo, he vivido muchas ilusiones y buenos polvos, nada de problemas como el nica, no creo en amores a primera vista ni amistades románticas, la vida es concreta y práctica, decides tu vida con quien quieres y listo, vienen los hijos, si es que se quieren, sino, se envejece en pareja o solo, no tiene que haber complique; mi padre y mi madre vivieron momentos lindos con nuestra infancia, y ahora que lo pienso, si hubiese llegado uno más juraría que nos hubiera tocado dormir en gavetas, no en camas. Ser padre es algo serio, los niños comen, se enferman, van a la escuela y tienen derecho a ser felices, además, las mujeres sufren mucho con un parto, eso me lo enseñó Lea, una niña salvadoreña, que es mi vecina, un día le pregunté qué quería ser cuando fuera adulta y me salió con una respuesta que me dejó boquiabierto

– Seré bailarina como Nadia Comaneci, pero no tendré hijos.

– ¿Y eso por qué Lea?

– ¿Has visto el tamaño de un niño cuando nace?

– Hummm, sí

– ¡Es de eeeeeeste tamaño, y debe salir por la vagina qué es de eeeeeeste tamañito!

La niña me sacó la carcajada mientras estiraba el bracito buscando asemejar el tamaño de un bebé y posteriormente colocaba sus manos acorazonadas para demostrar el tamaño de la vagina dilatada. Lea es inteligente, y acertó con toda razón, ahora entiendo que parir es un acto de valentía, sin las mujeres no habría humanidad, pero estoy como Lea, no quiero ser papá. No que va, eso de ser papá no me lo pienso. La última calentura que tuve fue con una muchacha evangélica ¡pa'l diablo! todo era pecado, hasta agarrarnos de las manos, no vi oportunidad de nada con ella. Un día comenzó a hablarme y di que que



la carne es inmunda y que los placeres nos llevan al infierno, que ella se somete a Dios y ayuna cuarenta días y por eso nada de besarnos ni acariciarnos, ni de hablar de cosas de sexo porque el pene y la vagina son instrumento del diablo. Nombe, esas vainas no van conmigo luego me podía inventar que el espíritu santo la había preñado, y seguramente se trataba del bandido del pastor. Ese día me despedí con respeto y confundido de lo que ella entiende de amor. De eso han pasado quiero ver... once meses, es decir que... Gloria y yo tenemos una amistad de catorce meses, ¡uf! Creo que va siendo hora de decirle que me gusta. Voy a sacar mis dotes de pelá o colegial, no por gusto gané un Premio Nacional de Oratoria. Le voy a escribir un poema al llegar a la casa, ahora que sé que no moriré tan pronto la inspiración fluye, en fin, estoy enamorado, pero y si la asusto y me pone un alto, a tragar grueso y pasar corriendo directo al trabajo, que no se me refleje en la mirada la derrota.

.....

Las palabras me llegaban, en tanto no sabía cómo empezar. Había leído montones de libros y aprendido algunas frases que podían expresar aquel dilema del corazón. Anocheció y no podía pegar los ojos, logré escribir unos garabatos que sabían a tristeza. Esa noche escuché tres veces a Chopin y su concierto The Best Nocturnes in 432, realmente no sé inglés, más si me gustan las canciones.

Amaneció y me levanté antes que Yuya. Salí a buscar a Gloria. Tomé el tren. Iba a paso ligero por las aceras. Ahí estaba su figura, a un costado de la puerta de la panadería que abre a las cinco de la mañana, el negocio estaba movido ese día y ella atendía a los clientes en las mesas. Me senté a la orilla de una banca, de reajo observaba el movimiento al frente en la obra, veía a los compañeros desayunando sentados en el piso, entre empanadas grasientas y cafés fríos, riendo, festejando la vida, sí que es un trabajo jodido, pero hay trabajo, eso es lo que importa, tener para llevar comida a la casa y que los hijos puedan estudiar, por lo menos sostener el hogar. Le deposité el papelito a Gloria en el bolsillo del delantal, ese blanco bonito. Ella me hizo señal con sus manos finitas de que nos viéramos atrás, en el estacionamiento. Salí y esperé entre dos carros altos, casi no me veía, ella llegó en una caminata armoniosa abriendo aquel papel que no era tan chiquito, lo desplegó lento y examinó el texto con una mirada que no era ninguna de las setenta que le había computado, esta era la setenta y una. Le temblaban los párpados, subía la mirada y los ojos se tornaban chocolates a ratitos bastante claros, con esa travesura tierna que tenía solo



en las mañanas, y leyó bajito:

*Cuando son las cinco,
transito pausadamente en la noche nunca he sabido que antecede al día,
me calzo los callos a la fuerza
mi armadura empieza con esas botas piezas averilladas para un pie blanco
presea en una venta de ropa americana tesoro para el explotado.*

Ahí

*una viñeta coquetea un buen precio,
solo por eso no maldigo el primer mes donde me sacaron lágrimas verdes.
La pobreza es esa espina jodida en el cuero curtido de la rutina.
La vidorria de ciudad empieza tarde en la metrópoli, se burla del sol y sus ocasos
la vida se me escurre
entre horas que alquilo para existir
aquí voy otra vez
inerte y tieso
en el vientre de una serpiente metálica
para ganar tiempo a la biografía de mis huesos.
La coherencia del asfalto atesta
pasa otro día
sacudo las nostalgias al tiempo que encamino molesto mis lagañas al aire
a veces la siniestra noche me roba la calma
pero al salir el sol
sus rayos me devuelven la armadura que me ayuda a resistir la travesía.
¿Qué ancianidad depara a esta piel forjada de sangre y canela? mi piel se quiebra como hebras para
sazonar la historia
se ensarta como cristales de plomo en el elixir de la vida*



se marchita

se sacude

se contorsiona

resucita

se enerva cada jornada respira y respira de nuevo repite el discurso:

¡porque la esperanza es color canela!

por eso es cimarrona y tierna

aunque al mismo tiempo es añeja

mañana dirán que mi ancianidad de hombre no era la ancianidad de ella.

Gloria es verdad

cuando te pienso

bajo la estrella más cercana

la vida me cuelga en tu primera letra.

El mundo se detuvo en la última palabra que mencionó de lo que yo llamé poema. No sé cuánto tiempo nos quedamos viéndonos, no había aves, ni ruido de autos ni aviones, ni aire 29

que soplara, ni los rayos del sol, tampoco una sola gota de lluvia, todo el momento estuvo detenido hasta que ella quiso hablar.

– ¡Ay mi Marcos! Vea pues, con que me salió poeeeeta.

– Pues, no sé...

– Es que a mí nunca me habían hecho unas letricas tan bonitas, ya vé pues. Estoy tan emocionada, noooo que vaaaa.

– No tiene que decir nada Gloria, nada ahora. Es solo un regalito que quería hacerle hace rato y no encontraba cuándo.

– Como que naaaaada, si está bonito. Usted todo y modesto y que poca cosa, no juegueeee. Me la paso camellando todo el día y usted me sale con esto, ¿Cómo es que no quiere que me sorprenda?, y viniendo de usted. ¡No hay derecho... escriba más, que le queda re bonito! Hasta me dan ganas de servirle el tintico gratis.



– No no no, yo lo pago.

– Estamos pá las que sean me oye usted, para todas las que vengan, verdes y maduras, lindas y feítas.

Las emociones iban en ascenso, ni siquiera nos habíamos tocado las manos, sentía que el corazón me iba a estallar, el cuello estaba hirviendo y sudoroso, sino fuera porque la dueña de la panadería llamó a Gloria con tanta fuerza como lo hace Yuya al despertarme, no me percató que estaba vivo y respiraba. Fue tanto el grito que no hubo chance ni de despedirnos.

Al fondo se escuchaba un bullicio, muchas voces juntas pero ningún mensaje claro de lo que hablaban; era como si fuese el primero de mayo, había gritos pero no consignas, semejante ruido debía ser desde el lado donde se está la obra, el resto del entorno tiende a ser bastante silente. No paraba el sofoco, seguro había ocurrido algo. Me volví a sentar en la silla de la esquina de la panadería, ahora estaba más vacío el espacio, plena hora de entrada a la vida laboral de la ciudad. Estaba inmóvil, no sentía los pies, hoy las botas que pesan tanto, no las consideraba un estorbo. Aunque lejos, podía oler la mala noticia en las voces desesperadas, quise estar distante, no creo fuese el momento de retornar después de tantos días libres, podría ser alguna protesta o malestar por una nueva medida que se había impuesto. Andaba por el tercer café que me bebía de un trago sin pagar, no atinaba a pararme siquiera de esa zona, se me había pasado el susto de declarármelo a Gloria, algo me llamaba a encaminarme a mi jornada, o tan solo a ver qué acontecía. Tres días sin trabajar y ya extrañaba a esos pendejos.

No entiendo el alboroto, respiro hondo, agarro valor y aquí voy, ya todo parece más en calma. Ahí está Fernández, se molesta cuando faltamos por lo que sea, salud, matrimonio, duelo, hasta por virus de esos que aparecen de vez en cuando. Podría ser la misma virgen María la que aparezca en esta obra y él no lo pararía la obra, su compromiso era veinticuatro siete. Doy apenas unos tres pasos. Me mira con esa cara de te voy a despedir. Las piernas me bailan, y eso que no sé bailar, sí lo sé, un negro que no sabe bailar es cosa rara; soy un negro con nalgas grandes que solo sabe mover el culo para desayunar, nada de danzar ni de hablar inglés porque mi papá nunca me enseñó, ese rollo de la negación de ser negro es duro. Una cosa es ser un negro enamorado de una extranjera en problemas, que aparte no sabe bailar y corre el



peligro que otro negro bailar se la levante, otra cosa es que sea un negro de los muchos en Panamá que queda sin empleo de nuevo, eso no lo voy a permitir por segunda vez. No volveré a quedarme con las piernas cruzadas viendo el sudor de preocupación de Yuya, no padeceré ese cáncer del desempleo, esa enfermedad no la supero.

Los ojos verdes del jefe me sacan de mi autodebate. Endezco el lomo para hablar, pero Fernández se adelanta:

– ¡A la oficina de inmediato!

– Jefe, permítame.

– Smith, la cosa es grave.

– Lo que tengo que decirle también es grave jefe, si me deja...

– ¿Que no entiende que debe escucharme? -Gritó con la voz quebrada.

– Jefe la cosa no fue tan grave, estoy mejor.

– Smith, ahora lo sé. Escuche, ayer tuvimos faltante de empleados, la obra tiene una fecha de culminar para esta fase y acepté a un par de muchachos practicantes. Como no estábamos preparados para la llegada de nuevos obreros y el tiempo apremiaba, les prestamos algunos arneses de seguridad. El pelo que usó el suyo hoy vino temprano porque quería quedarse trabajando fijo, pero acaba de morir. No revisamos el equipo y estaba desgastado en la costura de los soportes. Resbaló y el arnés no soportó. No hay nada que podamos hacer, le cagamos la vida a una familia.

La cara desencajada del capataz me dice que me vaya de inmediato. No sé qué hacer. La algarabía en la obra no para, la escena desploma al más fuerte, hay llantos de hombres, gritos, miradas que buscaban consuelo y una sirena que termina de sembrar el desconcierto. Es que no se imaginan lo que es perder a un amigo de trabajo, a un compadre, incluso un desconocido cuando entra a la construcción es un hermano en aquella parte. No sé cómo explicarlo, pero ni en todos mis años en bancos sentí tal afinidad en un solo lugar.

Camino al transporte contando los pasos como en la procesión del Nazareno de Portobelo, no sé cómo, pero estoy frente al metro, ahora odio a todos los políticos que robaron plata con la construcción de esta obra, agradecí cada minuto de vida puesto por quienes levantaron cada saco de



cemento para tener unas horas más de sueño, sé que nunca serán mencionados por las periodistas rubias, pero sí, estuvieron aquí y siguen existiendo. Justo ahora que arranca este tren aparecen mis compañeros, todos con caras de perdidos, entre ellos el nicaragüense con sus mil problemas. La vida les cuelga quién sabe de dónde, pero están vivos, como yo, por cuánto tiempo, no lo sabemos, y aquel obrero nuevo... no... todo por unos minutos que no quisieron gastarse en una revisión de unas medidas de la mierda que nadie cumple porque siempre estamos tarde.

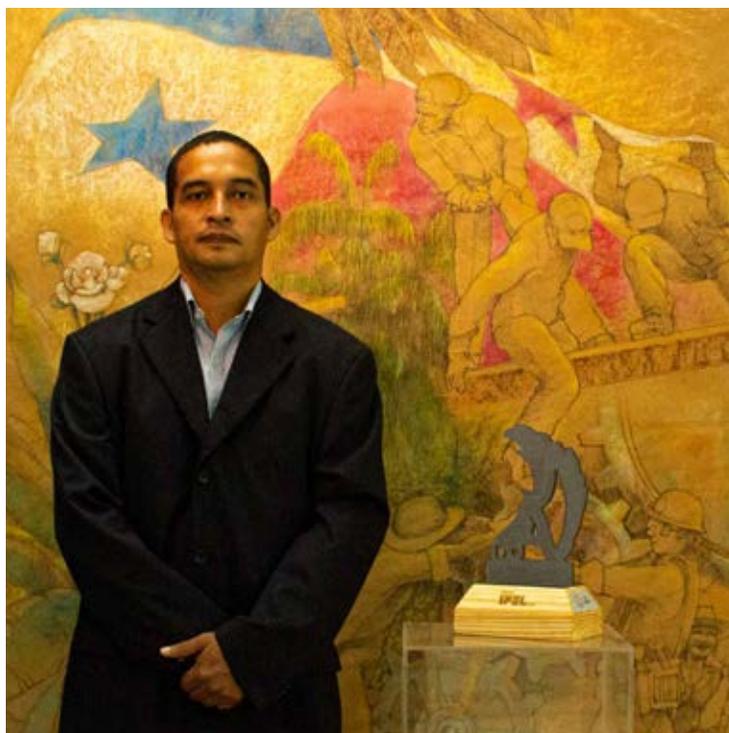
Yuya siempre dice “A media ni las medias” ó “Las cosas se hacen bien o si no, no se hacen”. Es que el tiempo es tiempo en todas partes. Y comprendí, Juan seguro vivió muchos años, pero por haber vivido en otros tiempos.

La grúa en forma de cruz, el ingeniero residente, el capataz que nunca para, el costo de las casas que construye... se van como pedorrera de lancha.



SEGUNDO LUGAR

UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD



ADALCRISTO GUEVARA FLORES
Panamá Oeste



Ministerio de Trabajo y Desarrollo Laboral

Instituto Panameño de Estudios Laborales (IPEL)

XL Concurso Nacional a la cultura laboral, 2020

Lema: Seguridad Laboral, Fundamento del Trabajo Decente

Categoría: Cuento

Una segunda oportunidad

Seudónimo: Don Narciso



ÍNDICE

Una segunda oportunidad

La advertencia

Asunto doméstico

El buhonero nocturno

Un trabajo decente



Una segunda oportunidad

Estas horas de tranquilidad me han hecho meditar cómo me ganaba la vida en El Parque Metropolitano hace algún tiempo. ¡Haber trabajado en ese asunto del bien cuida'ó no fue ningún relajo!

Hago memoria de aquellas peripecias.

Tenía dos meses de haber salido de la cárcel, luego de haber pagado una condena de cinco años por el delito de robo agravado. Esto me aconteció por la mala influencia de un amigo que me convenció participar de un atraco contra unos sujetos en un vehículo que llevaba la plata del pago de la planilla de una compañía constructora. Las cosas salieron mal porque me llené de temblores y nervios al momento de la huida; perdí el control del auto y me choqué contra un poste. Nos agarraron sin mucho esfuerzo, y antes de meternos a la celda nos trasladaron en ambulancia al hospital, pero custodiados de policías. Demoré un par de meses hospitalizado, porque me había quebrado un par de costillas.

Al alcanzar mi libertad prometí alejarme de las malas compañías y ganarme los reales con el sudor de las manos; buscar una nueva segunda oportunidad, un trabajo decente.

Los primeros días de mis diligencias laborales las cosas se tornaron contraria a mi suerte. Cuando llenaba las solicitudes de empleo me preguntaban si había sido condenado por algún delito. En la sinceridad del arrepentido les daba una respuesta detallaba de la infracción y la condena. “Grave error” me advirtió un amigo que en esos días logró entrar a trabajar en un depósito de almacén. “No hay nada de malo en una mentirita blanca”, me dijo convencido. Al poner en práctica el consejo del amigo, y al dar una respuesta distinta cuando llenaba los formularios para vacantes, la empresa me pedía el historial policivo para verificar el asunto, a causa del diente de oro con estrellita que llevaba puesto, y del tatuaje de escarabajo apenas visible que tengo en la parte inferior del cuello. Si no entregaba el documento en el tiempo previsto, ellos mismos averiguaban el asunto y hasta allí llegaban mis aspiraciones.

Un día de esos estaba en el parque, y saludé a uno que había estado preso conmigo en la cárcel. Al tipo le apodábamos Chucky. Llevaba dos tanques amarillos hasta la mitad en agua y una vasija plástica con jabón y esponja. Se detuvo por unos minutos y me saludó en forma efusiva con el puño cerrado. Le expliqué mi situación laboral. Me dio un golpecito en el hombro y me dijo:

—Tranquilo fren, yo te puedo conseguir chamba. —¿Cómo? ¿Y ahora diriges alguna banda?



—Que va fren, yo no vuelvo de nuevo a la chirola fría. —¿A qué te refieres entonces?

—Dirijo una empresa de bien cuida'os

—¿Cómo? ¿Empresa de bien cuida'os?

—Si fren, yo controlo el área, o mejor dicho soy el gerente o algo así —me dijo haciendo una señal con el puño derecho—. Te puedo dar chance para que te ganes un par de dólares en el turno de la mañana, después hablamos para cuadrar los turnos rotativos. Como verás, hay que turnarse para que todos pongamos la paila. Sólo tienes que darte a respetar y pelear por lo tuyo.

Llegué temprano al Parque Metropolitano al día siguiente. Chucky me presentó a tres sujetos; uno de ellos no me quiso dar la mano, me saludó con indiferencia e hizo un gesto intimidante con los dedos en la barbilla. Al tipo le apodaban Garra, por su fuerza y su contextura corpulenta.

Los espacios eran limitados, ya que algunos estacionamientos estaban reservados para funcionarios del gobierno que laboraban en las instituciones cerca del perímetro. Según las instrucciones de Chucky, cada uno tenía derecho a cuidar de tres a cinco estacionamientos como máximo; esto, con la habilidad de ubicar otros vehículos sobre la acera, con el riesgo de multas de los inspectores municipales que se daban la vuelta de vez en cuando. Si el cliente salía perjudicado con una boleta le pedíamos disculpa, y le prometíamos que hablaríamos con el guardia para resolverlo. Si no surgían inconvenientes, recibíamos casi siempre, una buena propina, por la satisfacción del cliente ante el esfuerzo mostrado. Sumábamos de igual forma unos cuantos dólares extras lavando carros.

Las cosas marchaban bien, hasta que Garra empezó a jugarlos sucio. En varias ocasiones cuando alguno de nosotros se encontraba lavando, él se anticipaba un par de metros antes que estacionaran los clientes y cobraba propinas por adelantado; luego, se iba hasta la tienda, compraba cigarrillos, y disimulaba con habilidad el asunto. En otras ocasiones mentía y comunicaba a la gente que él había negociado la multa con el inspector y, que, a cambio, le dieran un dinero extra para reembolsar el sacrificio, por evitarles los inconvenientes con los tramites de las placas y el paz y salvo. El colmo se dio cuando empezó a cobrarle un porcentaje en las ganancias a los otros dos sujetos que trabajaban en mi turno, con el argumento que él tenía mayor antigüedad en el oficio y que esa era la regla de él al tener mayor experiencia que nosotros.



Traté de consultar el asunto con Chucky, pero los muchachos me dijeron que no perdiera mi tiempo porque en la cárcel, Garra, le había hecho a Chucky algunos favores, y que iba a ignorar nuestras quejas; pues, era muy probable que nos tildara de “niñitas lloronas” como les había dicho a ellos en otras ocasiones. Averigüé sobre Garra con otros bien cuida’os que bregaban en el área. Uno de ellos me dijo que el tipo era peligroso, y que en una ocasión le había quitado con un golpe el almuerzo a un muchacho recién llegado que había sido recomendado por Chucky. Otro apodado Buitre me dijo que, al tal Garra le tenían miedo, porque decía en voz alta que el pertenecía a la pandilla de La Calle Negra, y que se iba a beber la sangre de alguien si lo hacían enojar o si lo provocaban un día de esos que le hicieran perder la paciencia. Por mi parte, traté de mantenerme a distancia del susodicho Garra, para que esto no entorpeciera mis objetivos como un hombre renovado, mientras encontrara más adelante algo mejor.

Un mediodía soleado, me fui a la tienda a comprar un refresco para almorzar a la sombra de un almendro; cuando regresé encontré mi bolsa abierta y el envase de comida vacío. Pregunté a los muchachos si había visto a alguien sacar la comida del bolso, pero ellos callaron, y se retiraron de inmediato a otra esquina con los hombros caídos. Garra fumaba recostado en una banca con una risita inquieta y cierto aire de burla. Respiré profundo y resolví olvidarme del asunto.

En otro momento, mientras recogía mis cosas, vi la ropa fuera del bolso llena de nudos que me fueron imposibles desatar. Tuve que irme con la ropa mojada y sucia. Sentí que perdía la paciencia.

El día siguiente hablé con el chinito de la tienda para que me guardara el bolso con el almuerzo y la ropa, y evitar así el inconveniente. Antes de llegar al parque, los muchachos me esperaron en una esquina y me rogaron que me fuera porque Garra había dicho que no me quería ver ni un segundo más por allí, y que yo estaba despedido de mi trabajo como bien cuida’o. Les señalé con optimismo que no se dejaran llevar por las amenazas de Garra, que cualquier cosa lo íbamos a conversar con Chucky, quien era después de todo, el jefe de la chamba.

Al iniciar la rutina, vi que mi tanque tenía un hueco redondo en la parte de abajo. Garra me obstruyó el paso y en una actitud desafiante y con los brazos cruzados me dijo.

—¡No te dijeron los mocosos que no te quería ver ni un minuto más por aquí!

Fingí sumisión e hice un gesto con la mano simulando la derrota (al recordar la estrategia que había



aprendido en el presidio). Pensé por unos segundos en el tamaño y los músculos de Garra, y concluí que solo un golpe de aquel sujeto me podía dejar fuera de combate. Me animé al recordar mi palmarés de invicto que había ganado cuando estuve preso. Me llené de valor. Me acerqué con disimulo. Con el descuido y la sobreconfianza de mi contrincante, y con la ventaja de una distancia perfecta, le clavé un puntapié en los testículos; cuando Garra se dobló, le conecté un gancho de derecha en el mentón (al mejor estilo de Roberto Durán en sus mejores tiempos). El tipo cayó noqueado en la orilla de la acera haciendo un gran estruendo (como el descalabro de Goliat) mientras que los muchachos y la gente que veía la pelea me ovacionaban como si yo fuera un gladiador invencible como salen en las películas de un gran Coliseo Romano.

Al rato supe que Chucky nos mandaba a decir por medio de un sujeto que estábamos despedidos, y que vendrían dos ex convictos amigos de él a cubrir la plaza. Nos advirtió que su decisión era irrevocable, porque estábamos haciendo espectáculos, dando mala imagen y perjudicando el negocio.

Cuando regresé a la tienda a buscar mis cosas, un señor blanco de lentes y de acento gallego se me acercó y me dijo:

—¿Vos fuiste el que le sacaste la ostia al grandulón?

—Sí. Se lo merecía —le dije resuelto.

Al instante me hizo una propuesta que me devolvió la esperanza.

—¿Vos queréis trabajar en una de mis tiendas como jefe de seguridad?

—¡Por supuesto que sí señor! ¡Me acaban de despedir! —le dije con cierta euforia.

Al viejo no le preocupó la historia de mi arresto ni de mis años en la cárcel, ni mi registro de antecedentes penales. Me dijo que a él le interesaba un tipo valiente que le defendiera el almacén de los carteristas y los malandros que rondaban por el área haciendo fechorías. Me pagó un curso de tiro al blanco, y al poco tiempo me nombró jefe de seguridad.

Abogué por los muchachos que también habían sido despedidos por Chucky, y enseguida los ubicaron como ayudante general, en trabajos de carga y descarga de mercancías en el depósito.

Las cosas cambiaron para el bien de todos. Visto guayabera blanca, pantalón de tela con quiebres plisados, lentes oscuros, zapatos negros brillantes; uso un radio walkie talkie moderno y mantengo cerca de mí



una escopeta 12 recortada. Firmé hace unas semanas un contrato por tiempo indefinido.

La jefa de Recursos Humanos me entregó un talonario con la constancia del pago de la primera cuota del seguro social. Me dijo (cuando empecé mis labores) que tenía derecho a salario mínimo, a vacaciones, a décimo tercer mes y que si aspiraba a otro empleo en un futuro podía cobrar una liquidación y un derecho dizque “prima de antigüedad”.

Esta mañana al revisar mi cuaderno de incidencias y apuntes, me sorprendió un muchacho con una pregunta inesperada.

—Oiga jefe, ¿qué debo de hacer para mantener mi trabajo en orden?

Quedé pensativo un par de segundos. Me incorporé con agilidad, di un saltito, luego, hice un quiebre de cintura, tiré un jab y un gancho al vacío.

—Solo tienes que darte a respetar y pelear por lo tuyo —le dije sonriendo al recordar el consejo de Chucky, mi antiguo jefe.

La advertencia

Cuando me entregaron mi última liquidación en el proyecto de construcción La Fontana, traté de conseguir trabajo de inmediato; pues, eso de estar de balde y sin oficio nunca fue algo tolerante para la familia en tiempos de mi juventud. “Recuerde bien hijo, el que no tiene nada que hacer saca pollos a vender”, me advirtió muchas veces la abuela mientras molía el maíz en horas de la madrugada.

Llené algunos formularios, con la esperanza de obtener por lo menos una entrevista. Pasaron los días y nada. Le comenté a un amigo sobre mi situación, y me dijo que él había comenzado a laborar como celador para una empresa de producción avícola ubicadas en una finca apartada de la ciudad. Me comentó de los derechos, de los beneficios y las prestaciones a mi favor como trabajador con contrato de tiempo indefinido, pero cuando empezó a hablarme que en días recientes unos delincuentes habían matado a uno de sus compañeros para robarle el arma, mi interés se diluyó como el humo. Desistí de aquel empleo. ¡Válgame Dios! ¡Morir por unos cuantos pesos!

Después de algunas horas de meditación resolví sacar mis ahorros e invertir en mi propio negocio. Un vecino me recomendó (debido a mi bajo presupuesto) que yo podía entrar a laborar en los menesteres



de la buhonería, ya que él tenía un primo ganando dividendos en el asunto.

Empecé vendiendo en los semáforos: bolsas plásticas, fósforos, palillos de dientes, pañuelos, y una que otra chuchería. En unos meses logré ubicarme en un puesto improvisado cerca de la intersección, al lado del señor Euclides, el vendedor de limones, mamones chinos y naranjas. Debo reconocer que las ganancias se dieron a mediano plazo, ya que el dinero lo invertía en otros productos para aumentar mayor reventa.

Logré algo de ahorro en año y medio. Podía ampliar el negocio con un puesto adicional y un ayudante en otro semáforo; abrir lo que bauticé como “una sucursal de buhonería”.

El momento funesto llegó un fin de semana. Un auto se desvió de la calle con gran velocidad y chocó contra las carpas y las tiendas improvisadas ubicadas en la orilla. La carreta de naranja y la humanidad de Euclides salvaron mi vida. El viejo Euclides cayó muerto al instante mientras que el guardafangos trasero del vehículo golpeó contra una de mis piernas y me hizo volar como un muñeco de trapo por el aire. Sufrí fracturas múltiples.

Me internaron en El Hospital Público unos cuantos meses. Tuve que pagar con los ahorros: los gastos médicos, la operación, las radiografías, los medicamentos y mi cuidado personal luego que me dieron el alta, lo cual confié en las manos de una señora que buscaba labores como doméstica en la ciudad y que me había recomendado un amigo. Me gasté hasta el último real.

Una enfermera que me atendió (el día que me quitaron los yesos) me dijo que si hubiera tenido un seguro y el talonario actualizado que me acreditaba como beneficiario, habría ahorrado más del cincuenta por ciento del dinero invertido en mi recuperación. Otro sujeto me dijo que un pariente sindicalista le había dicho que la ley laboral cubría riesgos profesionales, y que la seguridad social era una necesidad, una obligación para el hombre trabajador. Me reiteró que la nueva ley permitía el pago de las cuotas voluntarias, a fin de obtener los mismos derechos en relación a otros trabajadores que laboraban para una empresa.

Regresé a mis labores apoyado de un par de muletas. Le comuniqué a los buhoneros y a otros trabajadores informales sobre el pago del seguro social voluntario que regulaba la Ley, y la importancia de hacer las diligencias para tener este beneficio. Las voces contrarias no se hicieron esperar. “Seguro para qué, aquí



lo que queremos es plata”, me dijo uno de ellos con cierto desaire; “pagar una cuota de seguro, eso uno ni lo usa”, sentenció otro; “no le veo futuro, pues, para morir hay que estar vivo”, me dijo Fabián, uno de los malabaristas con poco tiempo en el lugar.

Transcurrieron algunos meses. Había evolucionado en buena forma, pero seguía usando las muletas debido a un pequeño dolorcito que, al pisar, me resentía el pie izquierdo. La recuperación total podía lograrla en unas cuantas semanas; mientras tanto, era necesario seguir con algunas terapias.

Empezó a lloviznar luego de una tarde soleada. Extendí una lona plástica sobre una mesita donde exponía buhonería y libros usados para la venta. Escuché una algarabía y vi personas correr con dirección al semáforo. Fabián había caído en forma estrepitosa contra el pavimento mientras maniobraba el monociclo. Caminé pausado. Al acercarme vi a Fabián sangrar por la cabeza y a otros que le tapaban la herida con toallitas y trataban de llevarlo cargado hasta la sombra de un árbol. Algunos se confundían dando voces repetidas por el auxilio y se pedían unos a otros llamar una ambulancia o a los bomberos. Aparté con una de las muletas a unos mirones que habían llegado para ver lo ocurrido. En tono tajante y molesto les reproché:

—¡Vieron la vaina! ¡El seguro no es ninguna pendejía! —dije sujetando la constancia de una de las cuotas que había pagado días antes en la oficina administrativa.

Asunto doméstico

La empleada tomó la agenda que la patrona solía dejar en la mesita de vidrio en medio de la sala. Era un listado interminable de números telefónicos y tarjetas de presentación de sus amigos con apellido de abolengo.

—Espero que esta vez mis amigas no me vengan con eso de que las fotos salieron opacas —dijo la doña murmurando— Además, para evitar inconvenientes me he asegurado de los servicios de mi amigo, Eloy; el mejor fotógrafo de El Club. No voy a permitir que me publiquen en la revista ejecutiva ni en los diarios con esas revelaciones descuidadas de la prensa.

La muchacha buscó sin obtener resultados. Inició de nuevo desde la primera página y encontró una tarjetita grapada con una nota escrita en tinta en la parte inferior. Llamó en varias ocasiones, pero no le respondieron.



—No contestan señora Estela —dijo— Parece que la línea se encuentra ocupada.

—Entonces espera unos minutos a ver si se desocupan —dijo la patrona desde el fondo, mientras se enjuagaba las mejillas con jabón de avena.

Leonor aprovechó la ocasión para retornar a la cocina. Revolvió con un cucharón los vegetales y las legumbres correspondientes al menú semanal. Soportaba por estabilidad laboral la dieta de la patrona, con la que tenía que alimentarse para complacer el capricho de que la empleada tenía que ser vegetariana como la jefa; mantener la figura y evitar a toda costa el sobrepeso. En más de una ocasión y, a escondida, pudo saborear las salchichas enlatadas que metía (en algunas ocasiones) en los bolsillos de la bata. “Otra vez chayote, berro y espinacas.

Me van a salir orejas y dientes como los conejos. Si pudiera cocinar un pedazo de chuleta con patacones y carne frita”, mascullaba Leonor mordiendo los labios.

Mientras sacaba las vajillas, escuchó la campanilla repetida desde el comedor. La patrona hablaba por el celular con una postura erguida y delicada.

Leonor se limpió las manos con una toalla, y cuando estuvo cerca de la patrona en una actitud sumisa le dijo:

—En estos momentos me disponía servir señora Estela, disculpe la tardanza.

Estela, asintió con indiferencia buscando un contacto en el móvil, con la mirada fija en la pantalla.

Leonor sirvió los alimentos con los cuidados protocolares que había aprendido desde su contratación.

—Que tenga buen provecho doña Estela —dijo al servir. La doña le contestó con una leve sonrisa.

Mientras Leonor fregaba escuchó el teléfono sonar.

La jefa la llamó exaltada.

—¡Leonor, Leonor, ven rapidito! —dijo al tomar la cartera— ¡Me llamó Eloy! Dijo que podía ver las muestras para la publicación del domingo. Imagino que todas están divinas. Espero que no sea tan difícil de escoger. Vuelvo en unas horas, por favor no se te olvide alimentar a mis pececitos, y complacer en todo a mi Lorita.

“Ni siquiera la probó. He cocinado por el gusto otra vez. A recoger estos trastes repletos de hierbas sancochadas”, murmuró Leonor molesta. Pero, ya se estaba acostumbrando a los desplantes de su jefa



a la hora del almuerzo o de la cena, y al cambio de ánimo repentino de doña Estela, a causa de alguna llamada inesperada.

Leonor, echó semillas en la pecera donde serpenteaban los peces coloridos, de pancitas redondas; luego, limpió la jaula, colocó hojas de periódicos, y en un platito plástico puso la comida de la Lorita, la cacatúa consentida de la patrona.

El sábado, doña Estela, invitó a desayunar a sus amigas de El Club. Leonor, tuvo que levantarse a las tres de la mañana para limpiar la casa y preparar el desayuno vegetariano con las instrucciones que le había dado la jefa en un libro.

Las damas de la alta sociedad reían y chisteaban sobre los sucesos ocurridos en la semana, y felicitaban a doña Estela por las fotografías publicadas en la revista Preludio.

Leonor, permaneció unos minutos recostada en una de las paredes de la cocina, tomando un descanso en una sillita de tres patas. En la duermevela sintió que levitaba como a un metro de la silla y que sus labios rozaban suavemente en los bordes del granito.

Despertó bruscamente al escuchar la campanilla. Se enjugó el rostro con agua fría y fue de inmediato al comedor de brillo espléndido.

—Leonor, tráigame tres jarras con jugo de zarzamora y otra con agua cristalina —dijo la doña.

Ese día la mucama trabajó hasta altas horas de la noche, de un lado para otro, complaciendo los caprichos de su jefa y de las damas invitadas. Por último, sirvió el té dietético que según los comentarios de la patrona provenían de Europa, de un lugar lejano que Leonor no había podido escuchar con claridad.

El día siguiente, Doña Estela, se fue casi al amanecer. Dio las instrucciones acostumbradas, metió en el bolso, lápices labiales y polvo base.

Leonor, tenía el rostro cansado, y las ojeras marcadas como de costumbre.

Limpió la jaula, colocó hojas de periódicos, comida de canarios y agua. Mientras regaba las plantas, la cacatúa llenaba de excremento el rostro terso de la jefa fotografiada en la sección de sociales en uno de los diarios de la prensa.



El buhonero nocturno

El viejo se desplomó en medio de la acera, justo cuando Nancy y yo disfrutábamos de un helado en una de las bancas del Parque Metropolitano. Corrimos a su auxilio, puse mis rodillas en el piso y acerqué mi oído al tórax; sus labios temblaban, y la respiración era dificultosa y entrecortada. Llamamos al 911 y después de esperar más de media hora llegó la ambulancia con los paramédicos.

Me enteré por uno de los diarios el día siguiente, que el viejo había fallecido camino al hospital. Ese día lo había visto merodear por La Plaza Central en horas de la mañana. El viejo caminaba con parsimonia, en pasos lentos y pausados, con la mirada perdida en el vacío. Llevaba media docena de correas de cuero colgadas en el antebrazo, un bolso plástico; en la otra mano, unas cuantas gorras y pañuelos de colores. Tenía una apariencia descuidada, el rostro demacrado y enjuto. En una ocasión me detuve para comprarle una toalla (mientras trotaba alrededor del parque), y sentí en aquel instante que su piel exhalaba un olor a cebada rancia.

Días después le hice el comentario a Toto, uno de los guardias municipales que vigilaban las oficinas administrativas para tramites de placas ubicadas en el área. Sentados en los bordes de la fuente que estaba en el interior del municipio me empezó a contar:

“El viejo se llamaba Clemente Juvenal, y le faltaba un par de días para cumplir los ochenta años. Yo me entere de los detalles por medio de un amigo que lo había conocido hace algunos años. El me comentó con tristeza, que el anciano había educado a cinco hijos con la venta de raspaos, buhonerías y carne en palito en un horario sin descansos, de lunes a domingo; que Clemente había vivido solitario en un cuarto de alquiler luego de la muerte de su esposa y, que sus hijos, (casi todos profesionales) dejaron de visitarlo después que envejeció. Y, así pasos sus días luchando contra los achaques de la vejez y de algunas enfermedades; me dijo que siempre se le veía en la venta de buhonerías por todas partes, sin seguridad, sin salario estable, sin vacaciones, y mucho menos con la esperanza de una jubilación.”

“Me refirió que el viejo empezó a sufrir de depresión y, poco a poco, se vio sumergido en el alcohol; que lo veían ofreciendo la venta de chucherías por doquier, casi por inercia hasta altas horas de la noche, ensimismado y en un estado de trance, como si se tratara de un sonámbulo, un buhonero nocturno, sin rumbo fijo.”



Invité a, Toto, a disfrutar de un refresco de jugo de caña que vendían en la esquina, cerca de los kioscos, motivado para que prosiguiera con la historia. Hizo una pausa, sorbió un trago de la botella y continuó: “El viejo, Clemente Juvenal, había vivido por un tiempo en una casa alquilada y cómoda, con un negocio independiente y próspero, su esfuerzo le sumaba buenas ganancias. Con la enfermedad de su esposa, la señora Carmela, las cosas desmejoraron, y el viejo tuvo que invertir todo su dinero en hospitales y medicamentos porque no cotizaba seguro ni tenía un registro de cuotas que lo ampararan en la cobertura de la ley del seguro social; resultaba como consecuencia negativa que doña Carmela tampoco gozara de dichos beneficios por razones obvias.”

“La administración irresponsable de uno de los hijos en el negocio de las ventas, sumado a los gastos elevados en los medicamentos y al tratamiento médico del cáncer de doña Carmela lo llevaron a la bancarrota. Luego de unos años, sus hijos se casaron y lo abandonaron a la suerte y a la misericordia de algunos vecinos, pues, para ellos el viejo estaba entero y sabía cuidarse solo.”

—¿Y crees que el viejo se esforzó en el trabajo más de la cuenta? ¿o murió de depresión? —le pregunté. —Pienso que las dos cosas —dijo Toto convencido—. Si don Clemente hubiese recibido por lo menos una pensión, no hubiera tenido la necesidad de trabajar en la buhonería hasta su vejez. Era muy probable que con una paga fija hubiera podido entrar en un asilo y, es posible, que habría pasado mejores días, con algo de compañía, rodeado de amigos de su edad, jugando cartas, dominoes, damas; para compartir y recordar los tiempos y sus anécdotas de muchacho.

—Creo que eso hubiera sido lo mejor para Clemente —le dije—. Es triste morir solitario, sin esperanza y ahogado de pobreza.

—Cierto, y muchas veces por la injusticia de ciertos trabajos informales e inseguros — dijo Toto—, pues con el tiempo se suma unos dólares, pero se deja de cotizar en las oficinas administrativas del seguro social que garantiza una pensión o jubilación futura.

Toto, se colocó la boina bermeja y se incorporó con dificultad después de un hondo suspiro. En ese momento vi recorrer por sus mejillas unas cuantas lágrimas.

—¿Algún problema Toto? ¿Te sucede algo? —le inquirí preocupado.

—No, solo que hay algo más en esta historia que no te he contado.



—Dime —le dije tocándole el hombro.

—Hace algunos días me enteré por medio de un familiar, que el viejo Clemente Juvenal y doña Carmela eran mis abuelos.

Quedé perplejo y frío como un montículo de piedra.

—¿Y corroboraste la información? ¿tienes certeza de eso? —le indagué.

—Sí, es cierto; sobre todo, que mi abuelo murió sin haber tenido la oportunidad de conocer a uno de sus nietos, y el derecho que teníamos ambos de un abrazo antes de su partida —dijo liberando suavemente la botella vacía con la mano temblorosa sobre el tinaco.

Un trabajo decente

—Don Narciso, la conferencia será en el piso cinco, Salón La Alondra —me dijo la muchacha de traje ejecutivo y peinado elegante.

—Gracias joven —le contesté mientras me servía con algo de dificultad un café en el lobby del hotel. Caminé hacia una esquina y contemplé la lluvia caer contra el pavimento como largos filamentos de vidrio. El aroma del café mezclado con fragancia de vainilla trajo a mi memoria algunos sueños de juventud. Me pongo cómodo en la silla del lobby y empiezo a revisar el cartapacio que traje para verificar cualquier otro detalle.

En aquellos tiempos había recorrido muchos lugares para comprar un lote y edificar una casita que me diera la oportunidad de contar con algo propio, después de haber pagado por años, cuartos de alquiler. Al vivir en la urbe y quedar desempleado por la quiebra de la empresa donde laboraba, opté por trabajar en la economía informal como la buhonería, en otras ocasiones, en la venta de bollos, tamales, carne en palito, raspaos. Hice de todo para tener un techo donde refugiarme. Luché, maniobré con la vida, desafié al destino.

Un familiar me informó, que el gobierno había concedido a través de un permiso municipal cinco globos de terrenos para gente de bajo recursos en las afueras de la ciudad. Pensé sin vacilar, en comprar una parcela y de paso pagar la deuda por medio de un negocio que me diera algún tipo de solvencia, mientras llenaba formularios para adquirir un empleo. Hice una edificación pequeña de cuatro paredes, con piso



y techo, dentro del espacio que me trazaron los agrimensores. Con el cemento y los bloques que me sobraron, construí un portal rectangular (lateral a la vivienda) e instalé un kiosco para la venta de verduras y legumbres.

El negocio quebró en unos meses, debido a que la mayoría de los vecinos le compraban legumbres y verduras a Julián, el dueño de un *pick up* que repartía frutas y tubérculos los fines de semana, cuando venía de regresó al Mercado Público con ubicación en la Calle Sur. El sujeto se instalaba debajo de un árbol, colocaba una balanza metálica y, en cuestión de minutos, el lugar se llenaba de gente como hormigas en los bordes de un frasco de miel. Era sencillo, los productos llegaban a la puerta de los hogares o en la Casa Comunal, y la gente conseguía las legumbres a un mejor precio a través de Julián que compraba al por mayor y por quintales. En esas condiciones era imposible superar la competencia.

La tienda más cercana quedaba a cinco kilómetros, y había que usar bicicleta u otro transporte para conseguir lo elemental. Se me ocurrió la idea entonces, de vender productos de primera necesidad, y que la gente lograra obtener azúcar, sal, aceite o arroz, sin tener que caminar largas distancias.

Fue una aventura tener que conducir en una bicicleta, entre caminos pedregosos y maltrechos, llegar hasta El Almacén Central y regresar con la mercancía colgada en los manubrios y en la parrilla trasera.

Surtí poco a poco la tienda. Cuando llegó el invierno y las lluvias, tuve que abandonar la idea de usar la bicicleta para esos menesteres, porque el lodo y las inundaciones hacían la que la laborar fuera imposible. Ante el miedo de fracasar por segunda vez, le hice el comentario a Julián, para convencerlo que fuéramos socios.

—Acepto —me dijo—, las legumbres y las verduras la vamos a poner en la tienda para que las vendas; nos repartimos la ganancia y de paso compro más mercancía en el mercado.

Accedí a la propuesta. Apreté su mano y le dije:

—Trato hecho.

Al cabo de unos meses expandí el techado de la tienda y coloqué otros estantes. El acuerdo con Julián estaba dando resultados, pero los clientes comenzaron a exigir la mercancía que se vendían en un minisúper de un chino que había llegado al pueblo con intención de hacer negocios.

Hable con Julián sobre el problema. Acordamos invertir la ganancia y los ahorros de ambos en la compra



de focos, chancletas, tanques, botas plásticas, alcohol, ungüentos y otros productos que usaba la gente en los lugares rurales y en las montañas.

Días después cayó un aguacero que duró varias horas. Hubo inundaciones en todo el país. La mercancía que estaba colocada sobre el piso se dañó. La borrasca y la humedad empañaron el sueño. Sufrimos una pérdida considerable.

La Dirección de Protección Ciudadana hizo el recorrido por el lugar y, levantaron un censo de familias damnificadas para cuantificar los daños. Cuando le pregunté al funcionario encargado sobre mi situación y al ver la mercancía mojada y llena de lodo me dijo:

—Usted no califica señor. Esto es para la gente pobre. Usted es ya casi un empresario. El interés de seguir en el negocio de las ventas se vino de bruces contra el suelo.

Julián llegó una tarde lluviosa, estacionó el vehículo frente a la tienda, tomó unos cartuchos, envolvió la mercancía seca y me dijo que lo acompañara. El día siguiente vendimos a precio de remate todo lo que pudimos a los pobladores del lugar y en los pueblos aledaños de la Calle Sur. Por mi parte, compré una cama de tubos, un colchón, unas frazadas; Julián, en cambio, consiguió una hamaca, un abrigo, un sombrero y tomo un bastón de caoba que estaba colgado en la pared. Cuando le pregunté por el bastón se puso el sombrero, y me respondió con sorna:

—Esto es para cuando llegues a viejito.

Julián regresó temprano la mañana siguiente. Le brindé un café. Después de un gran sorbo sacó un sobre amarillo y lo puso sobre la mesa. En una convicción inusual sentenció:

—¡Con esto podemos empezar de nuevo!

El dinero que conté era cinco veces más a la venta de remate que habíamos hecho el día anterior. Al preguntarle a Julián sobre el asunto me refutó con una frase lapidaria:

—Sepa el milagro y no el santo.

Supe muchos años después que Julián había pedido un préstamo y había usado el *pick up* como garantía. Supe también que era su única posesión, un vehículo heredado de su padre muerto en las montañas por una picadura de serpiente.

Empezamos con el mismo optimismo. Lo primero que hicimos fue construir una base de columnas, una



losa y una escalera de hormigón; luego, levantamos una estructura de madera, con el objeto de alcanzar mayor altura para contrarrestar la humedad. Con el dinero restante compramos mercancía. En un par de meses abrimos la tienda. Las ventas iniciales sirvieron para cubrir las deudas y recuperar en algo lo invertido. Al cabo de un tiempo vinieron las ganancias.

No recuerdo bien cómo sucedió, pero sucedió. Con la entrada del nuevo gobierno arrestaron una caterva de políticos corruptos y recuperaron por lo menos el cincuenta por ciento del dinero malversado. No sé si eso influyó o, fue algo aislado o, quizás fue la presión de una marcha multitudinaria que amenazó con un golpe de Estado, que al cabo de unos meses se lograron hacer las cunetas, se pavimentaron las calles, colocaron una hilera de postes con cableado eléctrico por todas las orillas. Aparecieron nuevas vías de acceso y en los pueblos lejanos: el milagro de la luz. Después vinieron los inversionistas y los negociadores de bienes raíces, de construcción de viviendas para barriadas y también de propiedad horizontal.

Julián y yo nos propusimos ampliar la tienda a medida que el progreso galopaba en la llanura como un caballo purasangre. Con el crecimiento inmobiliario vinieron las tentaciones de los empresarios con la intención de comprarnos la propiedad y la tienda. Aun no entiendo con qué fuerza del más allá dimos nuestro no rotundo o, qué fue lo que nos impulsó a no abandonar el esfuerzo inicial. Lo cierto, es que, la mayoría de los lugareños vendieron sus parcelas por la emoción de unos cuantos pesos. Al poco tiempo, esa misma gente fue contratada como mano de obra en los negocios y las estructuras que se edificaron en las parcelas, el espacio que antes había sido su hogar.

En la Quinta Manzana se construyeron casas de dos y tres pisos, también mansiones, luego esas edificaciones se multiplicaron en todo el sector. Hoy, el lugar, está colmado de viviendas, carros, avenidas, parques, artificios, cemento y más cemento. La tienda evolucionó a una abarrotería, en unos meses a un minisúper, en unos años a un supermercado; después a una distribuidora. En la actualidad es un almacén de varios pisos con mercancía de todo tipo. Algunos dicen que soy uno de los fundadores del Centro Comercial La Ensenada, otros dicen que Julián y yo fuimos un par de locos-testarudos, con ilusiones de opio y con sueños de trabajador-empresario.

Toco mi rostro, respiro profundo. Las arrugas de mi cuello dan testimonio que todo aquello inició con el anhelo ferviente de un hombre en una esquina con una tienda improvisada y un puesto de legumbres.



Me hubiera gustado que, Julián, estuviera aquí acompañándome el día de hoy para compartir todas esas anécdotas con los invitados y los funcionarios del Ministerio de Trabajo y Desarrollo Laboral. Siento algo de nostalgia al recordar que hace un tiempo estuve en el sepelio de mi amigo, Julián. Escuché a un panelista que los sindicatos hablaran esta noche de del trabajo decente; creo que los académicos y los empresarios disertaran sobre la seguridad laboral.

Algunos periodistas me preguntaran tal vez, de forma reiterada, de cómo pasé de ser buhonero, a vendedor de legumbres y después de viejo, a convertirme en eso que algunos llaman: gente triunfadora. Tendré que responderles de nuevo con el adagio y la sabiduría de mi amigo difunto: “sepan el milagro y no el santo”.

Me tiembla el pulso y los labios, al terminar de leer parte de lo que preparé para hoy en mi intervención de lo que resumo como una historia memorable. El médico me dijo hace unos días que ha llegado a mi vida los primeros síntomas del Parkinson.

—Don Narciso, en media hora va a iniciar la conferencia —me advierte la joven— Se acerca a mí y me coloca un gafete en el cuello.

Con estos años auestas y este cuerpo cansado y longevo, le pido a la muchacha que me acompañe al ascensor. Me sostengo de su brazo delicado y me apoyo con el bastón que hace medio siglo me regaló Julián. Camino despacio, para contemplar con intensidad el momento, pues, he concluido que ver las cosas con detenimiento y sin afanes, hacen que el tiempo transcurra en nuestras vidas con menos velocidad.

—¿Y cuál es el lema del seminario señorita? —le indago a la joven, algo despistado.

—Se lo recordé a su secretaria al momento de llamarle por teléfono, y al entregarle con el mensajero la invitación y el tríptico. Lo lleva escrito en el gafete —me dice con voz angelical. Leo: Seguridad Laboral, Fundamento del Trabajo Decente.

Me detengo, miro sus ojos grises; luego prosigo. —Buen tema para un cuento —le digo sonriendo.



TERCER LUGAR

EL TREN DE LA VIDA



ADIEL BONILLA MORENO
Panamá Oeste



El tren de vida

Cenizas de ángel

Yo he pagado ya mi deuda. Ahora debes tú tomar esta cruz y ser el guardián de la salud de tus hermanos.

En este altar inmolarás tus noches. La soledad y el estudio serán tu pan diario; la mente y el pulso firme tus herramientas...

Salva muchas vidas... aunque te cueste la tuya. Entrégate por amor a tus hermanos en servicio y ayuda,

para el bienestar común.

Todos los demás afanes son vanidades humanas.

Roberto Joaquín Pérez-Franco

El grito desgarrador de la mujer preñada partió en dos el silencio del vagón que ahora viajaba sin pasajeros. Entonces el doctor Roberto Him confirmó lo que su instinto de experimentado obstetra y cirujano ya había anticipado: El parto era inminente, y el alumbramiento sería complicado, acaso con la necesidad de una cesárea.

Pero el tren de la ruta Colón–Panamá se mostraba indiferente a la emergencia a bordo; avanzaba veloz, displicente con su imparable traqueteo, surcando los rieles elevados sobre el Lago Gatún.

En esas condiciones, la tarde lluviosa del 12 de octubre de 1986 llegaría al mundo Wenliang Li, de ascendencia china, pero a partir de ese momento muy panameño, aunque su nacimiento fuese en el remozado tren zoneíta. Locomotora que en su época vetusta vio nacer en sus vagones a figuras ilustres como el pelotero Rod Carew, y a otros cuantos istmeños olvidados por la indiferencia de sus nombres comunes.

Pero Wenliang, o “Wen”, como también le llamarían después, no tendría nada de común. Desde su adolescencia algunos lo tildarían de raro; otros matizarían el calificativo achacándole el mote de chico con “virtudes especiales”. Para colmo de sus facultades extrañas, cada fase de su vida tendría inicios abruptos, comenzando con el mismo nacimiento.

El Dr. Him alzó la voz con un tono firme que denotaba la urgencia. Y al instante ingresó al vagón la enfermera del tren comercial, quien minutos antes había sido solicitada por el galeno para improvisar el



rol de su asistente médica.

— Le ahorraremos tiempo al tiempo, y sufrimiento innecesario a la mujer. Se hará una cesárea de emergencia, dijo el cirujano.

— ¡Una cesárea en el tren!, balbuceó alarmada la enfermera.

Ironías de la vida: Roberto Him, quien para ese entonces ya tenía en la academia médica buena fama, entre otras razones, por su obsesión por la seguridad laboral y el apego estricto a los protocolos de seguridad para las embarazadas, estaba a punto de atender un parto con escasas condiciones de las mínimas que exigían sus manuales.

Aunque también sería una oportunidad para volver a poner a prueba el *kid* que años atrás él diseñó y distribuyó masivamente entre las parteras de los pueblos más recónditos de la Costa Arriba de Colón.

El internista, aunque de visibles rasgos asiáticos, tenía mucho apego a su panameñidad, y sentía además una deuda moral con su nativo Colón. De modo que a menudo dejaba la comodidad de su exitosa clínica capitalina, especializada en Ginecología y Obstetricia, y cambiaba el suntuoso entorno de la floreciente Punta Paitilla de la década de 1980, por los caminos agrestes de la Costa Atlántica, en sus giras gratuitas de control y atención a embarazadas, así como capacitaciones de salud ocupacional para las tradicionales matronas.

Un pueblecillo a la vez. Him amaba el contacto humano con las gestantes, transmitir confianza a las primerizas, y, sobre todo, disfrutaba la interacción con la pericia montuosa de las parteras. En la ciudad siempre decía a sus colegas que quería dignificar esa profesión rural.

Por eso en sus reuniones procuraba elevar la autoestima de esas mujeres subestimadas; insistía en hablarles del valioso rol social que desempeñaban. Y lo complementaba con capacitaciones sobre la importancia de usar guantes, gorros, y la aplicación de protocolos sencillos de limpieza y esterilización de instrumentos, que ellas seguían al pie de la letra.

Haciendo honor a su legado montaraz, el médico extendió su misión autoimpuesta hasta el otro lado del Parque Nacional Chagres, llegando a Viento Frío, pasando también por Palenque, Cuango, Palmira, hasta Santa Isabel. Incluso el Dr Him en una época se adentró en la selva más espesa que circunda Cocuyé Abajo, en los límites de Colón con la Comarca Guna Yala.



Pero en sus lejanas giras, el galeno también constató casos predecibles de embarazos que serían la crónica de una muerte anunciada, el fracaso cantado para cualquiera comadrona, por experimentada fuera; la escena de impotencia para cualquier personal de los escasos centros médicos que existían por esa zona del país.

Y uno de esos casos lo descubrió en el último villorrio del ramal norte de la Costa Arriba, en La Guaira, donde examinó con recelo introspectivo el embarazo avanzado de Xiaoli, la mujer del único chino del pueblo, el dueño de la tienda que los pocos lugareños y los turistas que llegaban usaban para abastecerse antes de cruzar a Isla Grande.

Xiaoli, una joven acuciosa y de poco hablar que llegó al país desde la lejana provincia china de Hubei, debía cumplir extensas horas de trabajo en la tienda y en los oficios del hogar. Pero además, soportar las patanerías de su marido, a quien parecía no importarle las complicaciones de su estado de gravidez, y a diario le exigía una larga lista de responsabilidades, incluso mientras él se ausentaba en sus vicios de peleas de gallos o apuestas con juego de dados.

Todos le decían al chino que tuviera un poco de consideración con su mujer, sobre todo por la forma en que había decaído su semblante con el embarazo. Tal vez por eso no opuso resistencia cuando Xiaoli le pidió que la dejara ir a atenderse con el doctor Roberto Him, ese día que llegó al pueblo.

Cuando el médico advirtió posibles complicaciones, se aseguró de ir personalmente a hablar con el esposo de Xiaoli, quien bajo otras circunstancias no lo hubiera recibido en su casa. Pero era chino igual que él, le llegó hablando en su propio idioma, y, además, se trataba de un profesional de la salud con reconocida fama en el sector. Aun así, lo escuchó con aprensión, y a regañadientes accedió a que en tres semanas regresara a darle seguimiento a Xiaoli.

Pero a espaldas del médico, en ese ínterin, en las chinguias con sus amigotes se ocupó en difamar al galeno, atribuyéndole el sobrenombre de “mata sano”.

Pasadas las tres semanas, Roberto Him volvió a La Guaria, motivado principalmente por su preocupación de ver el estado de Xiaoli, quien para ese momento ya entraba en la última semana de embarazo. Pero más preocupado quedó cuando se enteró de que el chino patán había abandonado a su joven esposa, dejándola a su suerte con las pocas provisiones de la tienda para que sobreviviera como pudiera, mientras



él se aventuraba a buscar la vida que siempre quiso en la capital del país, donde seguramente tendría más cerca casinos, y otros antros para satisfacer sus vicios.

— Es importante que vayas conmigo a mi clínica en la ciudad de Panamá, para darte la atención adecuada. En los próximos dos o tres días entrarás en labor de parto, y tu bebé continúa en una posición riesgosa para un parto natural, expresó el Dr. Him en tono pausado, mirando directo a los ojos de Xiaoli.

— Sí, iré con usted, respondió la asiática, luego de unos instantes de meditar con la mirada clavada en el suelo (aunque taciturna, ella era de buen juicio).

Al día siguiente, por primera vez en años la tienda se cerraba. Xiaoli esperaba desde temprano al Dr. con una pequeña maleta que una vecina piadosa le había ayudado a preparar, con lo estrictamente necesario para recibir a su bebé próximo a nacer.

Junto al médico, partió en el bus de las 6:00 de la mañana con dirección a Colón, la capital de la provincia. La idea era abordar allá otro transporte hasta la capital del país.

Con nostalgia, Xiaoli vio alejarse de a poco la playa conocida como La Punta, así llaman al extremo occidental de Isla Grande, sitio que disfrutaba ver desde la ventana trasera de su casa, en los pocos momentos de ocio que su apretada agenda de oficios le permitía.

Le encantaba observar en esa dirección las tardes frescas, cuando la brisa marina parecía coquetear con las suaves olas del mar Caribe, en una danza natural que le recordaba sus caminatas de infancia por la orilla del lago Dongting, cerca de su pueblo natal Xiaogan, en China.

Ahora, al volver la mirada a ese bello paraje colonense, le seguía pareciendo absurdo el hecho de que esa isla turística estuviera a escasos minutos en bote desde su tienda, pero que su esposo nunca hubiera accedido a llevarla allá en los 4 años que tenía ella viviendo cerca al muelle de La Guaira.

En todo caso, por los siguientes 30 minutos de viaje, la joven china se dispuso a disfrutar de la vista de salida de su hogar, que le regalaba una ruta solitaria y zigzagueante, siempre sumisa a la costa marina. Pero en la curva de la ensenada de Puerto Lindo, pasando los Ranchos de Chalia, sintió una punzada en el vientre bajo... primer presagio de un viaje complicado.

No dijo nada. Aunque alcanzó a lanzar un atisbo de mirada al médico que dormía en el asiento contiguo. Luego el bus abandonó la costa y se adentró en la selva húmeda, con dirección a Portobelo. Fue justo al



llegar a Portobelo, a una hora de viaje de La Guaira, cuando el doctor Him notó que Xiaoli viajaba con malestar, y la indagó.

— ¿Qué te sucede? ¿Qué te sientes?

— Dolor en la espalda y punzadas, respondió ella tocándose el vientre.

En la parada de descanso, el médico palpó suavemente su vientre bajo, y meditó en silencio. Luego intentó calmarla, explicándole que aún no era hora del parto. Le pidió que tratara de relajarse y le recordó que en el sector de Sabanitas abordarían su auto, y estaría más cómoda... pero hasta allá todavía faltaba una hora más de viaje en el incómodo bus.

La ruta volvió a pegarse al mar, y la preñada ansiosa calmó el inicio de su angustia, observando los paisajes costeros a tornasol con la vegetación agreste de pueblos como Buenaventura, Guanche, Iguanita y Mechi. Pero la sensación de alivio desapareció al llegar a María Chiquita, donde la carretera abandona definitivamente el coqueteo con la playa, y pasa a lidiar con los huecos de la rodadura asfáltica de áreas más pobladas como Pílon y Nuevo Colón, arrabales de la aglomerada y bulliciosa ciudad de Colón.

— ¿Ya hirvieron los instrumentos? ¡Venga rápido!, exclamó el doctor Him a su improvisada asistente médica.

— ¡Sí!, respondió la enfermera, mientras ingresaba a paso raudo nuevamente al vagón del tren convertido en sala de parto móvil, llevando sobre una toalla blanca, todavía humeantes, los utensilios para el procedimiento de emergencia.

La enfermera alucinó al ver la escena: Xiaoli estaba acostada sobre una fría mesa de aluminio, con el vientre latente y descubierto, pero ya dormida, por el efecto inmediato de la dosis de éter que le habían dado a oler.

En la Escuela de Enfermería había aprendido que, en ausencia de anestésicos halogenados, los médicos idóneos podían ordenar éter como anestésico inhalatorio. Pero sabía también que era un procedimiento muy excepcional, y jamás imaginó que participaría de una cesárea en tales circunstancias, y menos en un tren en plena marcha.

La opción del tren para llevar a la mujer embarazada hasta Panamá la decidió el doctor Roberto Him al llegar a Sabanitas. Antes dudó si conducir en su auto por la vía Transístmica hacia la capital, o dirigirse a



Colón, a la estación ferroviaria. Con ambas opciones, el tiempo de recorrido para el destino final era muy similar. Incluso el viaje norteño adicional de 13,6 km. hacia Colón, además de esperar la hora de salida, podía parecer un retraso.

Pero al ver el semblante decaído de Xiaoli, Him supo que era mejor tener las manos libres en el viaje en tren para atender cualquiera urgencia, en lugar de ir conduciendo.

Su obsesión por la seguridad de sus pacientes, por la seguridad propia al ejercer la profesión, le hacía soñar con llegar a su clínica en Paitilla, donde tendría todas las condiciones y equipamiento para revisar a Xiaoli, y —si fuera necesario— hasta para practicar un parto adelantado.

Pero ya en el tren supo que no llegarían a tiempo a su clínica, pues un parto de emergencia era inminente. Apenas era entrada la tarde, pero la brisa fría, la lluvia incesante y un manto de nubes grisáceas que se unían en el trayecto del tren parecían conspirar para que el sol apenas pudiera escurrirse, aunque sus rayos tenues lograban hacerse más intensos al rebotar en el lienzo silente del lago Gatún, que era vigilado por filas de álamos que impedían que se derramara el tupido bosque tropical, muy húmedo, que le da su esencia a Gamboa.

Pero indiferente a todo ello, el tren de carga y de pasajeros avanzaba firme, partiendo en dos parajes de selva y pequeños pueblos, y su silbato de advertencia al acercarse una intersección, se convertía en un guijarro, que caía al pozo gris de la tarde.

El médico con vocación campechana tenía suficientes recursos para costear el boleto del suntuoso tren, y hacerse acompañar de adinerados empresarios de la Zona Libre de Colón en sus constantes viajes a la costa Atlántica. Pero en su lugar, desde la capital prefería conducir su propio auto, solo, hasta Sabanitas, y allí darse un baño de pueblo; hacer las compras de las provisiones necesarias como cualquiera de los moradores de villorrios de la Costa Arriba que hacinaban la concurrida zona comercial de enlace, para luego disgregarse cada cual a su aldehuela.

Y por otra razón que escondía en el cofre interno de sus sentimientos rotos, Roberto Him evitaba el viaje en el Panama Canal Railway. Pero esta vez se confabularon las circunstancias para que él volviera al vapor que le despertaba melancolía.

Los resoplidos del tren, cual boxeador fatigado, daban cuenta de la pesada misión de carga que llevaba



la locomotora canalera. Pero a lo interno de la sección de pasajeros VIP era otra historia. Temperatura controlada y área cerrada se conjugaban con finos acabados en madera y muebles traídos del sur de Asia, de la región del Indostán, matizados con amplios vidrios que permitían que el casi siempre escaso puño de pasajeros disfrutara de las vistas del Lago Gatún y de rincones secretos de la cuenca del Canal de Panamá.

Habiendo a disposición varios de estos vagones selectos, el doctor Him logró con facilidad obtener el permiso del capitán para desalojar uno, y convertirlo en área de parto, con la asistencia incluida de la persona a bordo encargada de las emergencias de salud que se pudieran presentar.

Pero ninguna de las emergencias anteriormente atendidas por esa enfermera, se comparaban con la que le ocupaba ahora. Dentro de lo que cabía, ella fue diligente y colaboró para tener listo todo lo necesario para garantizar la integridad de la mujer en labor de parto, así como la seguridad del médico y de ella misma.

Con sobrecogimiento mudo, ella observó que el cirujano entraba en una especie de transe que le puso los pelos de punta (ya de por sí sensibles ante la frialdad de la tarde lluviosa). Le pareció que repetía una especie de letanías que ella no alcanzaba a descifrar, mientras examinaba con sus manos el vientre irregular de la joven china, con evidencias visibles de que su bebé ya venía, aunque en una posición incorrecta.

Por un instante la enfermera soltó su fijación en el rostro sudoroso del cirujano, y lanzó un atisbo a Xiaoli; la advirtió tumbada, extraída de la realidad por el éter. El tren zumbaba mientras el concierto de rieles ponía a prueba los amortiguadores de los vagones selectos. La enfermera volvió a mirar al obstetra que seguía balbuceando algo, con los ojos cerrados, e imaginó que esperaba sentir que la turbulencia fuera mínima, para lanzarla la orden, que finalmente llegó...

— ¡Bisturí, por favor!, pidió extendiendo su mano enguantada.

— ¡Aquí tiene!, respondió la enfermera, con similar intensidad en su voz, también con guantes en sus manos, y asegurándose de no soltar la pequeña navaja afilada hasta que el médico la recibiera por completo, pues seguía con los ojos cerrados.

En los siguientes segundos, la tensa calma interna del vagón parecía someter a la turbulencia que afuera



enfrentaba en lucha sin cuartel a rieles, brisa, lluvia y carga.

Cuando el tren se acercaba a las llanuras que circundan la desembocadura del río Chagres en el Lago Gatún, la enfermera observó que súbitamente el médico dejó de balbucear letanías indescifrables para ella, y con asombro sintió como si el tren volara, en un silbo manso. Su confusión aumentó en ese momento, cuando escuchó al doctor proferir: “¡Seguridad es vida!”. Esa sí era una frase perfectamente entendible para ella, pero a la vez no entendía nada de lo que pasaba.

Vio al médico todavía con los ojos cerrados, como esperando una respuesta de ella. La enfermera quería ayudar, quería también ser parte de esto; no quería defraudar al cirujano ni a la embarazada ni a su bebé en camino... ni a ella misma. Pero todo le parecía confuso y no sabía qué hacer. Lo único que se le ocurrió fue repetir la frase: ¡Seguridad es vida! Y a esa señal, Him finalmente abrió sus ojos, los cuales de inmediato fijó en el vientre de Xiaoli, y sin titubear cercenó una cortada con precisión de cirujano, corrigiendo el camino del engendro, y facilitando así el nacimiento de Wenliang Li.

Le llamó la atención el rostro sudoroso del cirujano, a pesar del frío vagón donde viajaban, pero ese dato pasó a segundo plano, cuando escuchó el llanto del bebé y sobre todo cuando le fue traspasado a sus brazos.

Para esa enfermera, como ocurría con la mayoría de las parteras que trabajaban con Roberto Him, ese era el acto sublime e íntimo del milagro de la vida. Pero para el médico, además, era también un acto de justicia social.

Su sed de justicia social era lo que le había impulsado todos estos años a dejar por momentos su cómoda clínica, y adentrarse en los más recónditos puntos de la Costa Arriba de Colón.

A pesar de la mofa de algunos de sus colegas y amigos personales, él soñaba con aportar algo de su conocimiento científico y técnico para promover entornos de trabajo seguro y protegido también para las parteras empíricas, mujeres injustamente tratadas por una sociedad que las condenaba a un empleo precario, en muchos casos enfrentando riesgos al realizar estas funciones.

Him fue conformando con los años una cadena de parteras bien capacitadas y con identidad propia. Se esforzó conscientemente de que todas ellas lo vieran como un hombre de ciencia. Pero su éxito real trascendió el ámbito didáctico y se ubicó en lo fantástico.



En sus capacitaciones enseñaba con palabras sencillas y entendibles la importancia de cumplir su sagrado “protocolo de accionar” en cada parto que se fuera a atender, con 14 puntos de seguridad laboral que cada matrona debía cumplir al pie de la letra.

Esto iniciaba desde la indumentaria blanca que portaban sus parteras, pasando por métodos de esterilización de instrumentos y técnicas del uso correcto de las manos, enguantadas, al momento de recibir al bebé.

Pero algo que nunca enseñó Roberto Him, pero que sus matronas más experimentadas le escucharon proferir al momento de acompañarles en los primeros partos caseros que hizo en los villorrios de Colón, fue repetir en tono bajo su lema de trabajo “seguridad es vida”, cuando se enfrentaba a alguna complicación, de esas que en el pasado le costó la vida a más de una mujer y de un bebé por esas áreas olvidadas del país.

Y si la complicación aumentaba, el tono de voz subía, hasta hacerse perfectamente audible la frase ¡seguridad es vida!

Nunca quiso hablar de esto, pero sus parteras lo notaron y lo empezaron a imitar. Y misteriosamente los casos de muertes de bebés y de madres por complicaciones a la hora del alumbramiento rural dejaron de darse.

Después de cumplir los 14 puntos del “protocolo” científico de seguridad del doctor Him, si algo comenzaba a andar mal en el parto, la comadrona pronunciaba la frase “seguridad es vida”. Y si todo iba a peor, repetía más fuerte esta frase y la situación se revertía, lo cual resultaba misterioso para el resto de las personas.

El perfil enigmático de Him y de sus parteras fue adquiriendo fama, cuando algunas de ellas le imprimían un toque de show al asunto. Por ejemplo, en cierta ocasión una de sus más experimentadas matronas enfrentó el complicado nacimiento de unos mellizos, con una hemorragia incontrolable.

Rendida ante el aparente fracaso del protocolo aprendido, y con su ropa blanca tornada en rojo por la sangre. La partera se puso de rodillas y empezó a gritar ¡seguridad es vida!, ¡seguridad es vida!

Cundía el pánico entre los familiares que esperaba afuera, a la distancia, al escuchar los gritos - no de la embarazada, sino de la partera- que clamaba a voz en cuello ¡seguridad es vida!, ¡seguridad es vida!,



¡seguridad es vida!

Aquella noche, lo que nunca imaginaría la partera ni nadie, era que a la distancia, en su residencia citadina, el médico Roberto Him sudaba copiosamente mientras dormía, como si los gritos de la partera que transportaba la brisa Atlántica arrancaran de su entraña un misterioso poder, antídoto para un parto complicado.

Luego se despertó abruptamente y quedó sentado en su cama, jadeante, y débil. Fue justo en ese momento cuando la partera recibía con vida a los mellizos.

A partir de allí, en la Costa Arriba todos comenzaron a respetar a las parteras de Him. Y entre ellas robustecían su moral al compartir cada cual su experiencia de éxito garantizado, al cumplir el protocolo de seguridad, pero sobre todo al echar mano del amuleto de la frase misteriosa.

No solo eran partos exitosos con cero letalidad, sino que además entre los pueblos se decía que los niños y niñas que llegaban al mundo con las parteras de Him se desarrollaban fuertes, sanos y conformaban familias felices.

Todos parecían conformes: aquellos que exigían evidencia científica, no podían refutar el fiel cumplimiento de los protocolos de higiene y seguridad que seguían esas mujeres bien entrenadas, y ataviadas con sus trajes blancos. Pero los que se inclinaban por lo enigmático, daban crédito a una fuerza mayor que se reunía en torno a una frase mágica.

Pero esto último no parecía ser del completo agrado de Roberto Him. Pero comprendía que, tal vez, era la única vía para dignificar la profesión de partera, en una época y en un lugar donde en ocasiones lo trascendental se anteponía a lo teórico.

Sus parteras nunca lograron, empero, que Him hablar del asunto abiertamente. Luego de las capacitaciones, el médico se retiraba a un lado, y las más veteranas pasaban el conocimiento de boca a boca con las más jóvenes. Una que otra intentó, sin haber completado las capacitaciones, repetir la frase “seguridad es vida” en una complicación de parto, pero fracasando estrepitosamente.

Pronto se entendió que ese amuleto solo funcionaba para las parteras que cumplían las capacitaciones de Him. Pero eso, en esos días era como oro en polvo el certificado de finalización de curso, junto a la firma del médico que admitía a la partera en el selecto grupo.



Y de a poco el médico dejó que involucrase personalmente el partos caseros o fuera de una instalación médica, pues su red estaba bien capacitada, el éxito las secundaba, y además no era necesario... hasta aquel día en el tren.

Fue necesario una cesárea en circunstancias muy inusuales, pero el médico llevaba en su pequeño maletín lo necesario para garantizar un procedimiento seguro a su afortunada paciente y a su crío. Quiso la dicha, además, que se diera dentro de un ambiente de frío controlado, y con la asistencia de una enfermera competente.

Le agradó que la indumentaria blanca y la presencia de la enfermera le diera un aire de formalidad médica y científica al nacimiento del pequeño “Wen”, pero una vez más las circunstancias fantásticas del entorno del alumbramiento volvían a aparecer, y esta ocasión en particular, marcarían para siempre la vida del hijo de Xiaoli.

— Aquí está un nuevo colonense, dijo sonriendo la enfermera cuando ingresó al vagón, trayendo al bebé ya lavado y envuelto en una sabanilla.

— Nació en Panamá, corrigió el médico, mientras terminaba de secar el sudor de su frente y cerrar su mágico maletín.

Luego explicó a Xiaoli, que de apoco salía de su transe anestésico y recibía en brazos a su alevín, que el procedimiento quirúrgico empezó pasando la desembocadura del río Chagres, en el límite de ambas provincias, pero que el nacimiento propiamente fue ya adentrada la provincia de Panamá, teniendo como cortina de privacidad el bosque tupido del Parque Nacional Soberanía.

Poca atención a esta explicación geográfica mostró Xiaoli, quien tiernamente prefería acobijar a su pequeño recién nacido, mientras el tren pasaba el túnel sobre la autopista Panamá-La Chorrera. Fue allí, cuando la locomotora saltaba a la luz del poblado de Paraíso, muy cerca del Cementerio Francés, cuando el bebé frunció el ceño, en reacción a los baches irregulares de los rieles y el fuerte sonido de los hierros retorcidos.

Nadie lo notó. Pero ese paraje, junto al fuerte zumbido del tren tratando de domar la vía, fue absorbido por el infante, y ese sonido se fue junto con él, marcando definitivamente el resto de su vida.

Wenliang creció al cobijo de su madre, pero con la protección muy cercana también del doctor Him,



quien lo acogió como si fuera su hijo. Y a pesar de su insistencia en que ambos se quedaran a vivir permanentemente en la capital, Xiaoli siempre volvía a La Guaria, sitio que le transmitía paz. Y en playa La Punta, donde siempre quiso ir, estableció un negocio, también con el patrocinio del pudiente médico, de alquiler de botes y equipamiento para turistas que se trasladaban a Isla Grande.

Curiosamente, nunca volvió a abordar el Panama Canal Railway, a pesar de sus constantes viajes entre Panamá y Colón. De modo que en los primeros años de infancia, su hijo no experimentó de cerca aquel zumbido del tren que grabó su subconsciente al momento de su nacimiento.

Pero sí lo escuchaba en momentos específicos, y cuando empezó a hablar más claramente, cuestionaba a su mamá sobre el origen de ese sonido en su mente.

Fue a los 10 años de edad, cuando Wenliang cursaba el quinto grado en la escuela de La Guaria, que escuchó más evidentemente el zumbido del tren.

Aquel día la maestra presentó ante el salón de clases a un nuevo niño que venía de Punta Manzanillo, y que se mudaba con su familia a La Guaria. Al verlo, de inmediato Wenliang escuchó dentro de sí un fuerte sonido, cual locomotora en plena marcha, que lo levantó de su puesto, lanzando a la par un grito, que provocó la risa de todos.

— ¿Qué pasa Wenliang?

— Nada, maestra, dijo apenado.

— Entonces siéntate, le ordenó de forma amable la docente, en medio de las burlas de sus compañeros.

Apenas al día siguiente, el nuevo alumno no vino a clases, y en su lugar su madre trajo personalmente la excusa, explicando a la maestra que había amanecido con una fuerte inflamación en la vista, y que ella sospechaba que era conjuntivitis.

Pero resultó algo más complicado, porque en varios días y el alumno no volvió, ni su madre con más excusas.

El siguiente domingo, la maestra fue a casa de Wenliang, a pedirle permiso a su madre para que el muchacho fuera su guía, con la idea de visitar al nuevo alumno, y corroborar como seguía de salud.

Bien sabía la maestra que Wen conocía a la perfección no solo La Guaria, sino los pueblos cercanos, pues



a esa edad ya acompañaba a su “padrino”, el doctor Roberto Him, en sus giras médicas por esas zonas. Gustoso Wenliang le sirvió de guía a la maestra para ir juntos al extremo del pueblo, por las cabañas de Toucan Smiles, donde la nueva familia se había instalado para ofrecer servicios de mantenimiento y jardinería.

Al llegar al hogar, la maestra quedó asombrada al ver la fuerte inflamación que tenía el niño en la vista, mientras yacía tumbado en una cama, con los ojos muy rojos e hinchados. Sus padres le explicaron que los remedios que habían conseguido en el pequeño centro de salud del pueblo no habían surtido efecto, y que planeaban al día siguiente llevarlo a atención médica en Colón.

Antes de despedirse, la maestra invitó a su guía para que saludara y le diera ánimo a su compañerito.

— Ven, Wenliang, entra al cuarto, le indicó.

Pero cuando Wen ingresó, la escena lo dejó petrificado. Al ver al niño directo a los ojos inflamados, cerró los suyos, y tapó también sus oídos para tratar de apaciguar el repentino sonido de tren que le invadió. Corrió fuera no solo del cuarto, sino también de la casa. La maestra dio por concluida la visita, y se apresuró a ver qué le había ocurrido a Wenliang. Lo encontró cerca, bajo un árbol, todavía agitado.

— Debo volver a ese cuarto, o algo malo va a ocurrir, le indicó el niño a la maestra.

Y sin esperar consentimiento, Wenliang se apresuró hacia la casa, y la maestra corrió tras él.

Ya en la habitación, Wen tomó un pañuelo que estaba cerca, lo humedeció tomando agua de un vaso que le tenían al enfermo, y delicadamente lo colocó sobre sus ojos. Y así por unos instantes permaneció sosteniéndolo con sus manos.

Todo esto lo hizo de manera espontánea, casi automática. A los adultos que estaban allí presentes les tomó por sorpresa el acto, pero asumieron la escena como un amable gesto de bondad y de deseos de pronta mejoría de un compañero a otro.

Lo extraño vino al día siguiente. Ese lunes se presentó en la escuela el niño sin ninguna inflamación en su vista, y de muy bien ánimo. Su madre, le explicó a la maestra que poco después de su visita, comenzó a notar mejoría, y en la noche la vista de su hijo ya estaba en perfecto estado.

Pero fue el propio estudiante quien se encargó de contarles a todos los alumnos del quinto grado, que había sido Wenliang quien lo había curado de una forma milagrosa.



A pesar del intento de cambiar esta versión por parte de la maestra y de la propia madre de Wenliang, poco pudieron hacer para evitar que rápidamente se difundiera en La Guaria, la fama de un “chinito” con atributos especiales para curar.

Después vino el orzuelo incurable que en cuestión de minutos Wenliang le sanó al conductor de la chiva de Viento Frío. También curó dolores de muela de sus vecinos, con la utilización de simples paños húmedos. Pero en otra ocasión solo fue necesario el contacto de su mano para revertir la mordedura de una serpiente venenosa, cuando una noche le llevaron a su casa a una mujer traída de urgencia desde Cocuyé.

Fue después de este incidente, y ante el temor de que una extraña fama de curandero fuera a afectar el desarrollo de su hijo, que Xiaoli decidió viajar a Panamá y contarle todo al doctor Him, quien para ese entonces era lo más cercano a una figura paterna en la vida de Wenliang.

— Debes sacarlo de inmediato de La Guaria, traerlo a vivir conmigo, o venir ambos a vivir a Panamá, sentenció Him.

— Yo conseguiré un lugar para ustedes.

— Así lo haremos, replicó Xiaoli, demostrando una vez más su temple al tomar decisiones trascendentales en su vida, y ahora en la vida de su hijo.

El quinto grado lo terminaría por módulo, y ya para el último grado de su educación básica, Wen y su madre estaban instalados en Panamá, en un apartamento cercano a la clínica del doctor Him.

En los siguientes años, Xiaoli se resistía a abandonar por completo a su apego a la playa La Punta, en Isla Grande que tanto le gustaba, y una vez al mes viajaba a llevar provisiones al negocio que siguió coordinando a la distancia.

Más a menudo viajaba Wenliang, que igualmente disfrutaba de ser el asistente de su padrino en las capacitaciones de parteras y giras médicas por toda la Costa Arriba de Colón.

El nexa fraternal de Roberto Him con el muchacho fue creciendo, y en su interior aumentaba también la esperanza de que escogiera su misma profesión. Procuraba que Wen lo viera como un científico, y en ningún caso como sanador metafísico o suerte de curandera. Pero no puedo evitar que en algunas de sus giras, Wenliang advirtiera que, en casos excepcionales, Him era capaz de curar enfermedades y sanar



malestares que nada tenían que ver con partos.

El adolescente también notó que cuando se daban algunas de estas sanaciones milagrosas, su padrino ya no agendaba más visitas a ese pueblo. Pero Wen observaba y guardaba silencio.

Silencio también hubo entre ambos en cierta ocasión cuando viajando en auto hacia Colón, por desviación del tráfico debieron variar la acostumbrada ruta por la Transístmica, hacia la vía Omar Torrijos, bordeando la franja canalera. Y al pasar cerca a la estación del Panama Canal Railway, Wenliang volvió a sentir ese incómodo ruido interno, como de sonido a tren en marcha que tanto le incomodaba. Pero allí notó que una incomodidad similar parecía producirle a su padrino... pero ninguno de los dos comentó nada. Y ese silencio con meditación profunda los acompañó hasta Colón.

Pero a pesar de estas vivencias enigmáticas, poco tiempo tuvo que esperar Roberto Him para que en un momento en que coincidieron los tres, Wenliang dijera a su mamá...

— Quiero ser un médico, igual que mi padrino.

— Me alegra mucho escuchar eso, y que lo digas delante de tu madre. Si así lo deseas de verdad, tendrás todo mi apoyo.

Desde entonces, Him insistía a Xiaoli en que, además de hablarle en chino a su hijo, se ocupara también de enseñarle la correcta escritura de los complicados caracteres del Mandarín. Su idea era costearle los estudios a Wen en alguna de las prestigiosas universidades de Medicina en China, siempre con la esperanza adicional de que escogiera ser, igualmente, un cirujano obstetra.

Pero desde un inicio, Wenliang se mantuvo firme en que se inclinaría por la Oftalmología, pues desde aquella primera experiencia con la sanación de los ojos inflamados de su 22

compañero del quinto grado, la vista provocaría una fascinación en él. También notó que al ver directo a los ojos de alguien era capaz de saber qué tipo de persona era... y hasta de qué males podía padecer. Pero ese tema siempre lo obviaba, ante la negativa y el rechazo a todo lo que sonara a sobrenatural, postura heredada de su padrino.

El tiempo pareció esfumarse entre las manos, cuando ya Xiaoli y Him estaban despidiendo a Wenliang en el Aeropuerto Internacional de Tocumen, con destino a sus estudios universitarios en China continental.

— Prométeme que no volverás a Panamá hasta que seas un oftalmólogo. — Si, mamá, te lo prometo.



— Prométeme que vas a querer a toda mi familia, como me quieres a mí. — Si, mamá, te lo prometo.

— Prométeme que serás un buen hombre. — Si, mamá, siempre intentaré serlo.

Para ese entonces, Xiaoli sabía que al no existir relaciones diplomáticas de Panamá con China, sino con Taiwán, las facilidades de estudio para un panameño podían variar, sin previo aviso del régimen chino, y por eso instó a su hijo a no volver hasta tener el diploma en la mano, y a intercalar sus estudios con voluntariado en vacaciones. También se aseguró de que escogiera a una buena universidad, pero cerca de su familia, en la provincia de Hubei, para que desarrollara ese nexo filial con los suyos.

Cuando llegó el momento de la despedida, Roberto Him tenía tantas cosas en mente para decir a Wen, que se sintió abrumado. Lanzó un suspiro y se limitó a darle dos consejos...

— Sé un hombre de ciencia, y rechaza todo lo contrario a eso. — Nunca olvides que en la Medicina la seguridad es vida.

También le regaló en ese momento el libro “Cenizas de ángel”, de Roberto Joaquín Pérez- Franco. Y al leerlo en el trayecto inicial de su largo vuelo aéreo, Wen advirtió que su padrino había subrayado con marcador amarillo la frase que decía: *“En este altar inmolarás tus noches. La soledad y el estudio serán tu pan diario; la mente y el pulso firme tus herramientas. Salva muchas vidas aunque te cueste la tuya. Entrégate por amor a tus hermanos en servicio y ayuda, para el bienestar común. Todos los demás afanes son vanidades humanas”*.

Wenlian Li atesoró esos breves consejos y los puso en práctica hasta el año 2019 cuando terminó su prolongada carrera de Medicina, con dos especialidades en Oftalmología, incluso en el tramo final sin la necesidad de ayuda económica de su padrino, debido a sus buenas calificaciones, y los planes de becas para panameños profesionales, surgidos de las nuevas relaciones consulares entre Panamá y la República Popular China.

Pero a pesar de su ascendencia china, y de su dominio del idioma Mandarín, Li Wenliang (como le llamaban allá), siempre fue tratado por el régimen como un estudiante extranjero. Pero su destacado conocimiento de la Oftalmología le permitió hacer su práctica final en el prestigioso Hospital Central de Wuhan, en la capital de la provincia de Hubei, donde después recibió un contrato de trabajo.

Hacía tiempo que Wenliang, ahora de 33 años, no sentía aquel sonido interno de tren que lo atormentó



de niño y adolescente. Pero esa mañana de diciembre de 2019, al entrar al Hospital Central de Wuhan, el sonido del tren que alertaba malos augurios le volvió de plano, en forma seca, tan fuerte que lo dejó paralizado.

Al asimilar el impacto inicial, siguió caminando en la ruta a la sala de Oftalmología, pero la intensidad del sonido del tren seguía aumentando, y parecía estar por todo el hospital.

Wenliang no soportó más y salió corriendo hasta quedar en plena calle. Para ese momento, el ruido similar a tren descarrilado era casi insoportable en su ser interior. Dio vueltas como un desquiciado cerrando los ojos y apretando fuertemente los oídos con sus manos, sin importarle el caos que provocó en los autos que intentaban esquivarlo en el centro de la transitada vía.

Recibió la ayuda oportuna de dos colegas, quienes lograron rescatarlo antes de ser atropellado. En estado de semiinconsciencia lo pusieron a salvo en la orilla de la vía, antes de brindarle primeros auxilio por desmayo. Al recobrar el aliento dijo...

— Debo volver a ese hospital, o algo malo va a ocurrir.

De hecho, pasó 3 días seguidos en el hospital sin volver a casa. Cuando cumplía su jornada laboral, se ocupaba por cuenta propia de investigar, con la determinación de descifrar la razón de la vuelta a su mente del fatídico sonido del tren.

Al cuarto día de incesante trabajo, y de estar en contacto con pacientes que ingresaban con un mal extraño, recopiló suficiente información para advertir a sus colegas sobre el posible brote de una enfermedad similar al Síndrome Respiratorio Agudo-SARS (poco después conocido como COVID-19).

Absorto por la gravedad del asunto, Wenliang comprendió la advertencia de su extraña facultad de escuchar el ruido del tren que presagiaba la muerte, pues ahora sabía que el nuevo virus era altamente contagioso.

Él mismo ya había estado en contacto con los pacientes sin mayores protocolos de protección, siguiendo los lineamientos de las autoridades de salud, que hablaban de un contagio solo al contacto directo con murciélagos.

“Es falso”, escribió Wenliang a sus colegas en un chat. “Hay contagio de persona a persona. Usen equipo de protección, máscaras, ropa impermeable, guantes, forros de calzados”. Y desde entonces emprendió una



intensa campaña cibernética de seguridad laboral, repitiendo incansablemente en todos sus mensajes la etiqueta #SeguridadEsVida”.

Ahora más que nunca, el consejo y lema de su mentor, “seguridad es vida”, adquiría connotaciones vitales. Pero su intenso accionar de varias semanas en pro de la seguridad laboral de sus colegas, y la advertencia de que todos los trabajadores de salud de los hospitales de Wuhan adoptaran medidas de protección para evitar el contagio del nuevo virus, provocó un visita de altos funcionarios de la Seguridad Pública.

Lo acusaron de hacer comentarios falsos que habían perturbado severamente el orden social. Le recordaron que a pesar de tener familia, y madre china, él seguía siendo considerado un empleado extranjero. Y el régimen le obligó a firmar una carta que se leía en este tono...

“Le advertimos solemnemente: si sigue siendo terco e impertinente, y continúa con esta actividad ilegal, será llevado ante la justicia. ¿Se entiende?”. Debajo, Wenliang escribió: “Sí, entiendo”.

También entendió que era el momento de suspender su aventura china, volver a casa. En todos estos años la nostalgia de la distancia había sido matizada con un par de visitas de su mamá. Pero ahora motivaba su retorno no solo ver a su madre, sino a su padrino, el médico

ya retirado Roberto Him. Wenliang no necesitaba diagnóstico, sabía que ya había contraído el nuevo virus. Pero además estaba convencido de que si alguien podía curarle la enfermedad extraña, ese era su padrino.

Tres días después, y tras completar de una serie de 7 conexiones en aviones de carga (modalidad de viaje que escogió para evitar el contacto humano), finalmente Wen llegó al Aeropuerto Internacional Enrique Adolfo Jiménez, de Colón.

Estaba vuelto una piltrafa humana cuando arribó. Tenía fiebre alta y dificultades para respirar. El taxista vio con piedad al joven chino cuando se esforzaba por subir a su auto, pero en perfecto español nativo le escuchó decir: “Lléveme a Panamá, al Hospital Roberto Him, en vía España”.

Pero al poco tiempo de emprender el viaje, cuando el auto pasó por las calles de Coco Solo y de San Judas Tadeo, Wenlian quedó aterrado al escuchar por todas partes sonido de tren, y oler a muerte.

Anticipó que el nuevo virus no sería solo un asunto de Wuhan o de China, sino incluso de Colón y de todo



Panamá. Allí cambió de opinión: “Lléveme a la estación del tren de Colón”, le indicó al taxista.

Era la primera vez en su vida que recordaba subir al Canal Railway Company, aunque sabía de su nacimiento en 1986 en uno de los vagones VIP de la emblemática locomotora.

Cuando inició el viaje canalero hasta la capital, Wenliang se arrastró como pudo hasta un vagón desocupado, lo cual era muy fácil de conseguir por la escasa cantidad de pasajeros a bordo. Ya el dolor de cabeza era insoportable, le parecía que el sonido interior del tren que le atormentaba era igual o más fuerte que el ruido real de la máquina, pero lo impulsaba una fuerza superior para ir al encuentro de todos sus temores, para confrontar cara a cara ese zumbido que le había atormentado desde el día de su nacimiento.

Recordó cómo escuchó ese ruido a tren en marcha a los diez años de edad, y cómo lo siguió escuchándolo en su adolescencia, al ver a los ojos a personas enfermas, o sanas, pero que a los pocos días ya estarían muertas.

Recordó también que esa sentencia de muerte la siguió escuchando durante sus estudios y residencia médica. Recordó que en algunos casos intentó revertir el efecto en los pacientes señalados por el tren, pero el resultado fue siempre el mismo: la muerte.

Entonces descargó todo el odio reprimido que sentía por ese sonido a tren maldito; lo insultó y le gritó en idioma Mandarín: ¡Qǐng bié dǎrǎo wǒ! ¡Qǐng bié dǎrǎo wǒ! (¡Déjame en paz! ¡Déjame en paz!).

Pero en lugar de paz, el infierno parecía venirle. Conforme el tren se acercaba al puente sobre la desembocadura de río Chagres (punto exacto de su nacimiento, 33 años atrás), Wenliang parecía enloquecer del dolor de cabeza y del ruido interior insoportable.

Indiferente al drama de este pasajero, el tren avanzó por el Parque Nacional Soberanía, y al llegar al poblado de Paraíso, Wen sintió que se le iba el aliento de vida. Pero se animó a gritar nuevamente a eso que lo atormentaba por dentro: ¡Déjame en paz! ¡Déjame en paz!

De pronto, dejó de percibir los rieles y sintió que volaba. Reunió las últimas fuerzas que le quedaba para levantar su cuerpo y vio por el amplio ventanal que pasan por el Cementerio Francés. No teniendo más resistencia, se desplomó sobre el sillón, y experimentó con pavor como su cuerpo se estremecía violentamente y algo intentaba salir de su cuerpo.



Supo que lo que sea que le abandonara podría llevarse también su aliento de vida. Y ya no pidió paz, por el contrario, se aferró a ese ruido interno de tren, que minutos atrás había insultando.

Pero sin poder evitarlo, una brisa en forma de espiral salió violentamente de su cuerpo y se dirigió al Cementerio Francés.

Solo entonces, Wenliang Li descansó en Paz.



CATEGORÍA



POESÍA



PRIMER LUGAR

LA SINCRONIA DE LAS COSAS



GENARO VILLALAZ GARCIA
Panamá

XL CONCURSO NACIONAL PREMIOS IPEL 2020
“SEGURIDAD LABORAL, FUNDAMENTO DEL TRABAJO
DECENTE”

SECCIÓN: POESÍA

TÍTULO DE LA OBRA:
LAS SINCRONÍAS DE LA MEMORIA

SEUDÓNIMO: GAMAN

ÍNDICE

	Página
I. Las sincronías de la memoria	4

Hay tardes en que todo huele
a enebro quemado
y a tierra prometida.

Antonio Gala

Lo tremendo
es saber que uno no se consume solo,
que la hendidura hiere a otros;
a los que entrecruzaron su vida contigo,
a los del afecto
a los del amor.

Manuel Orestes Nieto

LAS SINCRONÍAS DE LA MEMORIA

1.

Perfecta sincronía

El trabajo es una secuela de latidos en perfecta sincronía
donde los esfuerzos del hombre
se unen a los aullidos del mar,
a los fragmentos de la madre tierra,
a la voz que narra historias
atrapadas en la raíz del cordón umbilical
que nos une en el eco de las aguas,
a la savia que brota del tronco de los árboles,
a la semilla germinada
en los límites de los bosques
donde corremos a encontrarnos
cuando estamos perdidos
y al emergente sopor de aquellos rostros
que sobreviven mutilados
por el calor de las agobiantes horas,
a la espera de cosernos en un haz de voluntades
por el destino irrevocable
que nos obliga a inventar
esa breve historia
donde luchamos para teñir las lágrimas
con el largo suspiro
que deja la lluvia en el polvo
bajo aquellos recuerdos
aparecidos a la víspera de las malas costumbres
que derrotamos en el tiempo.

2.

Pedazos de aire

Atrás queda la historia construida con pedazos de aire,
sensaciones en el vientre,
cosquilleos en el pecho,
siluetas deambulando por los campos
donde los obreros se esmeran
sin la seguridad de un pago justo
cuando el perro ladra
ante el espejismo que niebla
la mente de los incautos
reunidos alrededor de la hoguera.

Los trabajadores cuentan las historias más increíbles
sobre los dueños del campo de juegos,
sin importar los agravios cometidos,
los recuerdos de aquellos días
en los que fuimos parte del cortejo
que avanzaba sobre las llanuras
con la frente en alto
y arrastrando con la mirada rota,
los harapos de la lluvia que fuimos.

3.

Rumbo desconocido

La memoria durmió a los trabajadores
que partieron hacia rumbo desconocido
ante la realidad que dibujamos en las pizarras
y lanzamos a las hogueras
para observar el azafrán
levantarse a las alturas.

Está fraguada en las humaredas,
luego de cabalgar en el tiempo intermitente
y espantar los antiguos entuertos
sumidos en aquellos mundos
habitados por peces sin escamas,
escortados por un ejército de marionetas
que guardaron las armas letales
para dejar el poder en otras manos,
donde los cimientos permanecen
como granos diminutos
en el angosto pasadizo de las entrañas.

Es una memoria adoquinada en el fondo de la pupila
que agotada entrecierra el ojo
y retrata todos los momentos
donde la voluntad cayó de rodillas
ante la presión de las palabras
resguardadas en las sombras
dentro de su propio paraíso.

4.

Hogueras

Los días aparecen sobre el provocativo horizonte
donde los hombres murmuran
en torno a las hogueras,
aunque ocultamos el equipaje
que traemos a cuestas
inventado para confundirnos
con brutales anécdotas
grabadas en la roca
como si fueran marcas sobre la piel
y que imaginamos,
inertes sobre las entrañas.

Es cuando entierras los nombres prohibidos
en promontorios de ceniza
que escarbaste con la punta de los dedos
y la dureza de un día de invierno
queda a la puerta de salida
desplegada como la cola del pavorreal,
y las cenizas flotan en un aire gélido
donde los cuerpos están atados
a los mástiles de barcos sobre la bahía
y alejados de fábricas y sindicatos,
libres de rumores
ante peligros desatados
por los que pelean por sus derechos
y no encuentran justicia.

Es una costra de hielo
con sus lunares de aire frío
que viaja en el último vagón
donde agarras un papel

garabateado con lápiz
y escribes la historia de los obreros
jamás imaginada
a pesar de los insultos
que flotan en el aire
con las mejillas arropadas
con la escarcha
que sigue teñida en la piel.

5.

Toque de queda

Alguien habrá declarado el toque de queda,
y los sobrevivientes callaran
ante los comentarios anecdóticos
cuando puedan merodear
por el borde de los abismos
en busca de respuestas
que aún siguen pendientes sobre la mesa.

Alguien esparcirá los nuevos conjuros
que arderán en el viento
con la urgente humedad
de las calles paralizadas
con pedazos del insomnio
en aquellas bocas donde dibujaremos
los crueles anhelos
que siguen tatuados
en los antiguos recuerdos.

6.

Los trabajadores

La madrugada habrá llegado para quedarse
con la imprecisa timidez de los trabajadores
que avanzan con sigilo para no ser vistos.

Nada permanecerá en el mismo sitio
cuando amanezca en la ciudad más
cosmopolita del mundo
y cada tarde sea el regalo propicio
para alcanzar las promesas incumplidas
que siguen tiesas
como máscaras de fango
en los cambios profundos
cuando la semilla es enterrada
a la fuerza en el traspatio.

Nada es más que el vuelo zigzagueante de los pájaros
y los hábitos que rasgaron la piel
cuando el pasado abandonó el cuerpo
dando paso a nuevos delirios
conjugados con las fogatas
que encendimos en los días de abril.

7.

Testigos

Los obreros dejarán cerradas las puertas apenas se oculte la luz.
Serán testigos del exilio forzado
y de la atroz desdicha que ha sometido a los hombres
desde tiempos milenarios
al acecho de chacales aparecidos
para robarnos la aurora.

El angosto camino donde sembramos los helechos
será recorrido con el largo suspiro
que producen las noches
donde enjuagamos el rostro
ante la implícita prisa del destino.

La ciudad alegre cerrará las puertas a los viajeros incorregibles.

El canto de los pájaros en el jardín será como el himno militar
cantado con la mirada cauta
de cuando aprendimos a volar
a pesar del cielo encapotado
y el paraíso prometido
que solo es una referencia
sobre las palabras que aún están por decirse.

8.

Murmullos

Así reconoceremos los murmullos en las madrugadas
por el mestizo que observa con timidez
el nuevo mundo
y sus rencores,
alejado de la ignorancia humana,
del ardiente vaivén de los siglos
aunque sea un tiempo cruel
que nunca recordarán nuestros ancestros,
hostigados hasta perder el ánimo por la vida
y por aquellos latidos que siguen revueltos
en las fosas comunes,
en harapos cosidos a la intemperie,
en la abreviatura de gestos
que aparecerán en la noche
y lanzarán acertijos
en su vuelo mortal.

9.

Aprendimos

Aprendimos a volar y seguir adelante,
en una travesía donde reinó la depredación humana,
el aliento de las tempestades,
la argucia de ritos desconocidos
en los inviernos bajo techo
y la verdad oculta en el microcosmos
donde la agudeza de la conciencia
cabalga por la ciudad oscura
bajo la nerviosidad del pájaro
y el audaz equilibrio de la puesta del sol.

10.

Rituales

¿Será que todo fue un espejismo concebido por los viejos rituales?

¿Será que no habrá más remedio que aguantarnos la simultaneidad de los
contrarios?

¿Será que la palabra quedó atascada en las impurezas que alimentan las jornadas
laborales?

11.

Ahora

Ahora toca masticar el adiós, hundirnos en un barco de paja,
entumecernos en una cama con los huesos rotos,
partir receloso ante los daños colaterales
y sembrar murmullos debajo de la hierba
ante los caminos con obstáculos insalvables
que hoy se abren para atravesar la humedad,
una herida dentro de otra herida
que simboliza gestos extinguidos
ante la voluntad preparada
para cobrarnos la deuda impagable
y empezar de nuevo.

12.

La vieja puerta de madera

Un día todo habrá terminado.

Quedará como testigo la vieja puerta de madera
que con el tiempo sucumbió a las lluvias,
el privilegio de los relámpagos,
las murallas resquebrajadas por los abrazos del tiempo,
la arena luminosa, los espejismos apartados
por la tenaz persistencia
y el vuelo escarlata de los escarabajos
que aparecían en la noche.

Un día los obreros respirarán con la seguridad
escrita en las líneas de la mano
pero que no sabremos leer ante las injusticias
que fluyen en los campos de batalla
con ficciones que muchos preferirían
guardar en los bolsillos rotos
venciendo la ansiedad
que abrume de manera insoportable
cuando los argumentos repetidos
en los Congresos de trabajadores
hoy siguen sin respuestas.

13.

Los balcones

Un pedazo de tela garabateada estuvo colgada en los balcones
borrando los sueños de la vida
con un soplo de viento,
como una puerta abierta al cielo
o una plegaria esculpida en el aire.

Fue ese sueño el despertar de los ojos
para que comprendiéramos
que los ruegos de las mujeres en busca de redención
no eran suficientes para encontrar la paz
en los espejismos donde había que vencer
el miedo.

14.

Volvimos para quedarnos

Volvimos al refugio sometidos por los desconciertos
que irrumpieron en las tardes de invierno.

Fueron muchas lágrimas de quiénes desecharon la ternura
mientras la mala hierba
desafiaba las adversidades
y la ira se apoderaba de los sentidos
vaciando la hiel como aguacero sobre las aceras
y la tierra estableció un nuevo orden
con reglas claras del juego,
y mecanismos de justicia al alcance de la mano.

Los obreros enfrentaron los prejuicios
con la piel cubierta de cicatrices
y desecharon de una vez por todas
la incompatibilidad que aún acecha en la tierra
cuando los portales son cerrados con candados
ante las ganas de vivir con la inocencia a cuestas.

Volvimos para quedarnos
y el espejo de nácar reflejó imágenes
en todas las direcciones
hasta que acabó el día.

15.

En los bordes del abismo

Aprendimos a gritar en los bordes del abismo
y dejar tendido al océano
sobre el crepúsculo
ante el inminente sonido de los caracoles
cerca de las arenas cristalinas
y las travesías humanas
que dejan huellas a su paso.

Era una forma de superar las adversidades
y escuchar las algarabías
que aún despiertan a las mujeres
aunque los hombres callan
y murmuran con la boca cerrada
cuando es necesario recoger los pedazos
y sobrevivir a las trampas del destino.

16.

Los callejones del mundo

Los pájaros vuelan por los callejones del mundo
y dejan caer granos de miel
que germinan en la piel cansada.

Es la razón para que las piedras alumbren el cielo
y estén dormidas a la espera del paraíso,
con las raíces enterradas en lo más profundo del océano
en una constelación de historias
que irrumpen sin avisar
ante el potente giro que han dado las leyes
que protegen el bramido de las huestes
en un baúl escondido en la alcoba.

17.

Algarabía

Escuchamos la algarabía en las calles
con un coro de voces
que entonaba canciones inolvidables.

Permanecemos en el balcón con el corazón zurcido
por desvelos que aullaban por la desdicha,
flotaban sobre los rubores
cuando entendimos
que las estrellas habían dejado de brillar
en el firmamento
y después recuperamos la esperanza
cuando aparecieron los cambios
por decisiones que empezaron a ser justas
y solo posibles en los tiempos actuales.

18.

Testigos

El mundo se volcó a las calles para contemplar los daños de la ciudad.

Fuimos testigos del atardecer impasible,

la madrugada con afilados dientes de roca

arañando los árboles sagrados

ante la tierra surcada por los ríos,

los cantos rodados en las riberas

y madre selvas endulzando el aire,

cuando tan solo se necesitaba el sentido común

y pernoctar junto a personajes

que dejaran atrás los viejos monstruos

y retomaran la irrepetible aurora

como guía para el camino por recorrer.

Infancia rota

Ahora los días huelen a infancia rota.
Nos imaginamos destellos en el cielo
que fueron cubiertos por el secreto
de los que abusan
sin considerar el trabajo decente
como la única fórmula
para deshacer la injusticia
y remover de raíz los vendajes
que tiñen los cristales de luz
y los dejan opacos
ante el vacío de los días
que aún están a la espera de la tregua
impuesta en el tiempo vivido,
en el mar que nos acecha
y que nos seduce
con la espontaneidad de manos laceradas
luego de huelgas,
brazos caídos,
represiones
y estertores
en los irremediables filamentos
de la edad.

Ahora huele a esperanza
que irrumpe por la puerta grande
encandilando al obrero
y su espíritu virgen.

20.

Diferencias

Es la seguridad laboral la que hace la diferencia
y establece pautas claras
para garantizar el trabajo
y sus razones discordantes
que reflejan en los rostros de los obreros
el ansía de construir las verdades
que despiertan los sentidos
y alimentan el lenguaje corporal
que se forja con las respuestas
adquiridas ante el poderoso llamado
que sólo los cuerpos sudorosos
logran en cada jornada laboral.

Por eso es necesario construir una carretera ancha
donde haya guardianes al acecho
para salvaguardar el futuro,
conseguir un empleo decente
y dejar a un lado las injusticias
que no caben en los nuevos tiempos.

Tiempo muerto

El tiempo de los desagavios es un tiempo muerto
donde los sermones son secretos encallados en la conciencia
que recordamos según los dueños del balón.
Los ceniceros sobre las mesas son limpiados con la mano abierta
que sacude sus dedos sobre la superficie,
esparciendo en el aire,
el clamor ajeno
de los que impiden
que la soledad penetre
en los gestos más profundos.

Somos un sitio donde murió la eterna primavera
para dar paso al sentido de la culpa
y donde encendemos la hoguera
para guardarnos los más impuros pensamientos
grabados en memoria,
más el tiempo lo cura todo
y la claridad navega
abriéndose paso entre las sombras
en un esfuerzo por lavar con gotas de lluvia
la afrenta alucinante
que pervive en los sueños.

22.

La seguridad laboral

Sucedirá el día cuando la seguridad laboral
sea un camino recorridos por todos,
cuando los muros de la ignorancia se derrumben
y el peso de las decisiones
apunte a favor de los obreros
como el agua penetra la esponja
y la memoria recorre el insomnio
sostenido por noches milenarias
que señalan con su dedo acusador
a los responsables del dolor
hasta que las penas se disuelven
en el fondo de un vaso de cartón
y el frío deja a un lado las medias verdades
que están sobre el borde del precipicio
desde las grutas más profundas
que luego fueron iluminadas
por los restos del día.

23.

Una enmienda

Siempre habrá una nueva oportunidad de hacer una enmienda
para construir el mundo imaginado
y romper las maldiciones con los inviernos
que pronto aparecerán para resguardarnos
y olvidar los viejos recuerdos
aferrados a pesar de las experiencias
que pueden ser demasiado espontáneas,
y dejarnos cicatrices
imposibles de maquillar
con una profundidad
que solo invita a escapar
tras las cenizas
que dejaron rastros
sobre la voluntad diezmada.

24.

Fieras en la lejanía

Alguien dirá que es el siglo 21
y es imposible que existan incomprensiones
por los derechos adquiridos,
aunque hay muchas fieras al acecho
que esperan en la lejanía
para enterrar sus garras hasta el fondo
sin importar que las reglas son claras,
que las leyes son precisas,
que el mundo ha cambiado
para garantizar que la seguridad laboral
sea la norma asumida por los empresarios.

Alguien dirá que es increíble,
que los tiempos son otros,
que la conciencia es clara
pero siempre faltarán palmaditas en los hombros,
continuar el viaje inesperado
a las justas consecuencias
bajo los techos de zinc.

25.

Estos tiempos

De estos tiempos es preciso hablar
más cuando los territorios prohibidos
son ahora de consumo popular
y las sociedades establecen
las nuevas reglas
que deben proteger a los trabajadores
en sus crónicas laborales
y las turbulencias de la sociedad de consumo
que absorbe la fatiga de los cuerpos
que a veces aparece al doblar las esquinas
y transforma en castillos de arena
aquellas conquistas recibidas.

Está de más pensar
que sólo la voluntad es imbatible
ante el acoso desmedido
que penetra en las arterias
y envuelve en cortinas de humo
los restos de la conciencia.

26.

La rutina de los días

Tal vez podríamos pasar la página
y quedarnos absorbidos
por la rutina de los días
que rendidos a la ignorancia
terminan sujetos al latido de los obreros
que con inagotable esperanza
persisten, con esa breve intensidad
con que tejen el coraje,
en construir los cimientos de la calle
y paralizar el silencio
hasta transformarlo en sonidos ansiosos.

Sería una ruta invariable
que acallará los gritos de la selva
ante el temor olvidado al pasar la página
y descubrir una nueva identidad
tendida sobre el viento.

27.

Caravana de recuerdos

La memoria es una lenta caravana de recuerdos
que extiende sus manos sobre el destino
reflejado en los espejos del desván
donde la incertidumbre es un hábito envejecido
por la fatiga de la carne
cuando a pesar de las advertencias
que atan las bocas de los transeúntes,
el aire tóxico de las calles
obliga al espíritu
a respirar con los pulmones abiertos
y retener el pudor en los puños.

Nunca entenderemos la realidad
que pasea por los jardines inmóviles
ensartados en sensaciones al alcance de la mano
y que dudamos en atraparlas de golpe.

Es nuestra forma de empinarnos sobre los vigilantes
que aún persisten en atarnos a las perversidades
del tiempo silente.

28.

La gota de sudor

Una gota de sudor resbala por la frente
mientras el obrero sigue empecinado
en sembrar pétalos de agua
en la tierra virgen.

Recorre a palmo la estrecha desembocadura
de lo que alguna vez
fue un inequívoco murmullo
y que ahora sobrevive
ante el coraje
que resuena en la delgadez
donde quedaron los sueños de la infancia
aunque es imposible imaginarnos
otra manera de proceder
ante los filamentos del viento
desmenuzados sobre la mesa de la cocina
y el avatar de los ruegos
sembrados en las plazas
y cementerios
cuando es hora
de iniciar la nueva jornada
y seguimos el simple destino
de la huella del hombre.

29.

Caja de cartón

Puede que apostemos a la hora
donde los trabajadores sigan
con las ganas sujetas
a una caja de cartón,
allí donde empinaron el lomo
y el mediodía impuso el fogaje
con los calores que forzaron la retirada
ante el guardián perturbador
que deshizo la tierra sinuosa
y marchitó el tiempo.

Puede ser que bailemos con las manos laceradas
ante la voz que desgarró las gargantas
con gritos dispersos
que solo aciertan a castigar la fragilidad
y resignarla a murmullos
que aún carecen de respuestas.

30.

Fue

Fuera toda emoción posible
oculta en el orgullo del hombre
cuando descubrimos la magia
que dormitó en la memoria
bajo la lluvia azotando la ventana
en una historia repetida tantas veces
en los zaguanes de los barrios tristes
donde los recuerdos transitan por la agonía
y los salarios dejan de surtir efecto
mientras sigues con la puerta abierta
escuchando las noticias impertinentes
con la indecisión colgada de las manos.

31.

Cicatriz

El tiempo es una cicatriz en el viento
con huellas adheridas en la piel,
la fotografía sobre la mesa,
la celebración a puertas abiertas de los sacerdotes
que sueñan con perdonar sus pecados
con los feligreses que huyen de los suyos,
ante tempestades pasadas
que empapan los caminos.

Es una verdad a medias
o única verdad,
que se cuela entre las cosas cotidianas
y se detiene de golpe
para quedar frágil sobre la almohada
aunque a veces es una canción
que se antoja cuando menos lo esperamos
ante las insinuaciones que nunca faltarán
y se echan al lado de la cama
en una alfombra atravesada
por miles de puntos en blanco y negro
que llegarán a ocupar un lugar sagrado en la alcoba
en uno de esos ratos
que pecan de simples
ante el café que preparamos
con la pupila pendiente
de las novedades
que aún soplan con el viento.

32.

Inconsciencia

Gritaremos lo que sea necesario hasta alcanzar la inconsciencia
en el instante esperado
donde el frío entumece los dedos
y la piel arrugada
cambia de colores
ante el asedio
que brota de las multitudes
en los tiempos de la tecnología inagotable.

Gritaremos,
aunque sea lo último que hagamos
ante el resplandor
que aparece cuando abres la puerta de la casa
y escuchas el sonido del Metro
que a lo lejos avanza
con su carga de intrigas
dejando huellas por todos lados.

33.

Sin quererlo

Sin quererlo comenzamos de cero,
con el aliento cortado de golpe
y los siglos trazados
en un viejo mapa.

34.

Murallas

Sólo quedan las murallas que dividen el mundo
en dos vertientes
donde los privilegios
están cosidos al alma
y el insomnio esparcido
como niebla.

35.

Podría

¿Podría simplemente multiplicar los panes
y esparcirlos sobre los restos de la infancia que aún sopla con el viento?

¿Podría protestar ante las malas condiciones de empleo que aún azotan
diferentes hemisferios del planeta?

Apelar a la conciencia,
refugiarme en el último canto de los pájaros
que humedece las madrugadas
y dormita bajo la lluvia
tejiendo los altares de las costumbres
con hilos color plata,
custodios de nuestra conducta
y nuestra reacción
ante sucesos capaces de hacernos llorar
con el inconsolable llanto de tristeza.

Podría enmudecer
o gritar al viento
las verdades que escapan
de los mudos testigos
que voltean a mirar a otro lado.

Podría decir tantas cosas
o simplemente callarlas
ante el vértigo de los tiempos
que azota los calendarios
y construye jardines de fuego
en la memoria.

36.

El intento

Quebramos la memoria en el intento
sin dejar la nostalgia
que nos atrapó de sorpresa.

37.

Riesgos

Las buenas prácticas son la fórmula de éxito
ante los riesgos
que siguen vigentes
y los delirios con su hablar algebraico
cuando el asombro es una palabra proyectada hacia el viento
y dudas de todas esas discusiones
que estallan sobre la mesa
y de los llantos que suelen empañar la mirada
aún cuando estamos seguros
que esos rostros son los de siempre,
los que nos acompañan cuando el orden se pierde
y la seguridad queda en segundo plano,
cuando los empleos precarios aparecen
y no hay fórmulas para calmar la agonía
cuando te quedas callado
y sin razonamientos
y los migrantes se muerden las uñas
cuando la igualdad es una utopía
y los actos de fe
continúan escondidos
en los armarios.

38.

Puerto seguro

Caminamos hacia puerto seguro
sin arrepentimientos
y con la resignación enterrada
en la conciencia.

39.

Calendarios

Ahora las penas se acumulan en los calendarios
esparcidas como polen
sobre campos de flores:
la razón está de fiesta sobre la mesa.

40.

Despertar

Despertaremos de la pesadilla
que hipnotizó a las multitudes una noche de verano.

Los trabajadores saldrán por la puerta
y subirán los peldaños de la casa
inoculados con infusiones de hierba
que volverán a hender la tierra
hasta escuchar los pasos
que se irán alejando
para abordar el último barco
de regreso a la madre tierra.

Será la mejor de las victorias
cuando por fin existan metáforas perfectas
con hermosas sinfonías
donde los que sudan
por los rigores del viento
puedan respirar sin quejarse
ante el eterno resplandor
que asumirá el arco iris
como nuevo destino.

41.

Quedan las jugadas del destino a la vuelta de la esquina,
una casa vacía,
un huerto sin agua,
algo así como la pobreza.



SEGUNDO LUGAR

PRIMERAS PALABRAS DE GONZÁLEZ



ALEXANDER ALBERTO MORALES CRUZ
Panamá

XL Concurso Nacional Premio IPEL a la Cultura Laboral 2020

Seguridad Laboral, fundamento del trabajo decente

CATEGORÍA:

POESÍA

TÍTULO:

Primeras palabras de González

SEUDONIMO:

Vendrel

29 de mayo de 2020

ÍNDICE

Prólogo Descartes	3
Primeras palabras	4
Epílogo	21

Prólogo Descartes

Cuando empiezas el descubrimiento de las letras, vocablos, frases, es cuando naces. Con la poesía es igual. Tienes enfrente un nuevo lenguaje que debes empezar a aprender como un recién nacido que dejaron los ángeles en una colina que aún no es colina. Recurrí a un heterónimo, un tipo González, que ve en la poesía una forma otra de contar poéticamente algunas de sus experiencias para un concurso de poesía. De eso trata Primeras palabras de González.

Se puede decir que González es un hombre de rutinas comunes: temprano se baña, cepilla sus dientes, se viste y toma el metro. Va a un trabajo que de seguro, no será el único que tendrá. A la vez no es un tipo ordinario cuando acepta escribir en poesía algunos recorridos por los que ha pasado y enviarlo a este concurso. Eso no es cualquiera que lo hace. González tiene suerte.

Primeras palabras

1

ahora tengo la voz de los mineros
adentro de las rocas
raspadas por un brillo

tengo las botas de los albañiles
como una necesidad
en un sueño vespertino

tengo el sudor de los mecánicos
esperando el parto
de sus mujeres en hospitales alejados
o tal vez sin existir

la voz de los tritones
que suben a los barcos
a examinar si el mar rojo
el indico el caribe
habrán pasado por sus afiladas proas



si. tengo el escorbuto cogido
en el oriente de una noche llena de estrellas
alentando a las gallinas a trotar
piar en el más derrumbado corral que se imaginan

tengo las claves de dieciséis rifles
sin disparar
porque aman la larga pausa de las siestas de marzo
depositándose como lana suave

tengo los lemas bolcheviques
de obreros uníos
y las puntas de sus banderas rozándome la boca

tengo los peligros que fui esquivando
desde que puse el primer bloque
desde que corte el primer acero
y también los peligros de los otros
que vuelan adentro de la tierra



Enfrente, en la número 16 para ser exactos unos divorciados venden sus pertenencias. Hoy nadie roció de agua sus pequeños jardines. Hoy la calle no se llama Miranda. Unas matas que ayer conversaban con otras fueron arrestadas por el escándalo de su color celeste. Los hospitales guardaron silencio cuando tres camioneros se vinieron abajo en Taimatí. Se han perdido unos papeles en una pequeña oficina del parque in vitro. Nació un nuevo periódico y dejará la mentira a un lado para atragantarse de verdad y diga cuántos habrán perdido a sus hijos. Alguien dibujó por primera vez un círculo con una palabra adentro. Las cejas no serán más pintadas y su naturaleza será labrar más miradas, salvar nadadores en el fondo del mar.

Los martes serán nombrados libres para que cada uno se centre en un poema a su padre.



3

Me dicen que escriba una opinión sobre comer con las manos. El día jueves quitaron el aviso de llevar guantes. Los largos viajes no se podrán hacer en autos con más de cuatro. El agua bendita no curará como antes una herida con un cuchillo. Los televisores se irán descomponiendo después de navidades. La pérdida de la vista vendrá más bien por causa de muchachas lindas en su balcón. El diámetro de las botellas pondrán a beber a diez bocas juntas y amigas. Las plantas de los pies serán la huella oficial en las playas.



7

En una calle que se llama Alonso Street, viven damas que juegan cartas cada día y sus perros se mueren de hambre. En un taller un auto le cae encima a otro auto. Una ráfaga de viento expulsa una reunión de chinos dueños de lavanderías. Los poemas dormidos de la década pasada despiertan y bailan haciendo bulla en Alonso Street. Ya no hay más de cien muertos en las estadísticas. Los árboles ocupan la mayoría de las noticias de las mañanas. Los circos regresan con mujeres barbudas y enanos arriba de elefantes. El planeta acuerda eliminar los formularios. A partir de hoy no se podrán dejar floreros de cristal sin agua. El voto popular eliminó una calle en un barrio situado al este, y ya nadie la cruza o pasea en las noches románticas.

Le escribí a todo el mundo por conseguir un trabajo seguro. Tengo dudas si pinto la casa de blanco sea realmente blanca. Las vacas van a pastar todo el año sin ver pasar autos a altas velocidades. Después de las cuatro, de todas las tardes, en todos los países esta prohibido prohibirse. La luna saldrá un día sí, un día no, por causas de miradas. El número cuatro ya no será más el número cuatro, será una escultura fingiendo un pie.

6

la madrugada se abre como un pestillo a la puerta
con su color cilindro de gas mis ojos se abren
despierta despertar

para no olvidarme, arrimo el casco de trabajo a la mesa de centro
cuando no lo llevo me rompo la cabeza y lo que ideé ayer
se viene abajo como una cometa rota

se astillan estas palabras

7

anoche soñé que mi mujer y yo nos apretábamos con unos destornilladores gigantes
para usar una palabra moderna

apretados girando y una fila de hormigas rojas subiendo por la cama,
por mi chaleco reflectivo

haciendo caminos adentro de mis botas

y ella, desde una cima distante, me hacía con sus brazos así _____
supe que nunca me perdería de vista

estaba segura que era yo bajando de la cima
con cien regalos más

8

el calor de este mes derrite a mi mujer como melcocha
ella despierta primero que yo
como las avispas que no duermen en verano

me desliza el recipiente de helado
donde sirve mi almuerzo caliente
y que después quedará frío por la velocidad de los carros
rozándome al cruzar la calle sin líneas blancas

es cuando ella se disfraza de voz en el oído
“toma el peatonal González, y vivirás cien años”

y desvío mis pasos hacia el puente
recién pintado de verde caña

que al atravesar
me llevo la sorpresa de estar en un juego mecánico

9

el camión le da vueltas a su cono lleno de mezcla de cemento
la jornada comienza
aseguro los cordones de mis botas
como lo hacía en quinto
bien apretados

mi abuelo desde el cielo gritaba: bien amarrados!
“un hombre debe pisar firme
la geografía que tiene por delante
que tu huella hunda la playa que se asalta cada día”

cada día esta poesía tiene más consejos de mi abuelo

10

me pongo mi chaleco amarillo
doy las señales de tráfico
los autos se detienen..

arriba unas maniobras
pueden volcar un pacífico andar
en tromba marina

si no paro a tiempo la fila,
algún escombrosuelto
puede hacer añicos las tareas por las que ellos viajan
dejar atrás vírgenes futuros
concentraciones de sueños

con cuidado muevo mi banderola
con mucho cuidado
sus vidas cuelan mi vida

11

una vez trepé la pared recién puesta de bloques
una pared igual de alta que un poste de baloncesto
me doblé el tobillo

luego tres meses con la pierna señalando la ventana

soy cabezón torpe a veces hago cosas sin pensar
mi pensamiento algún día será mejor
con una escalera

12

digamos que estoy distraído
a punto de caer en el viejo caserón incendiado

una sirena de bomberos...
las seis de la tarde cae
en las baldosas

algo me dice por un hoyo en la pared
si voy a estar a salvo
si esto acabará en humo de escombros
de palabras en peligro



13

una vez en el paisaje del quinto piso pasaron ocho mujeres
y yo les decía mis rimas más deslumbrantes inspirado en el mar a mi derecha

como podían llevaban discos románticos en las manos

si hubiera resbalado hubiese muerto
no llevaba puesto el arnés

y las cartas de mi madre se me volaron a esa altura

¿caería yo como fruta demasiado pesada
y por dentro muchos gusanos?

árbol sin sombra

si subo veinte pisos más
las mujeres que vi se harán pequeñas
hormigas
peces que veo a través de los rombos de la red de seguridad

flotar flotan flotar bocarriba

con el arnés puesto le haré una invitación a estas alturas más

.....

14

ufff...llega el mediodía envuelto en calores pésimos
de forma brutal el trópico te fusila

me siento en un borde
abro el envase de helado que guarda
el arroz de hoy que está empelotado

cuando miro esta altura de cien metros
temo la ingravidez
lo que todos pensamos en el vértigo

la red debajo me alivia la visión
de alguien tranquilo que sigue la suave corriente
de un río que existe
sin morir aplastado

15

hoy dejaste tus cosas de seguridad
a un lado del comedor

tú ansiabas que hubiesen tenido el cuerpo de un elefante
que aguarda
desearías que hubiese sido un
 auto encima de otro auto
 las llamas de un incendio antiguo
 la imagen de tu jefe con la firma de tu despido
y así no evitarías llevártelo

Jamás querrás olvidar
los abrazos de tus hijos
volando entre nubes perdidas
destrozando tu corazón

tu brazo una pierna
 sin los que harías nada



16

...y lavo los pisos
quito el polvo de las mesas puestas en las arcadas
de este restorán que posa en esa colina
donde se puede fumar, hablar con gritos,
decir malas palabras

se sirven almuerzos extraídos de recetas
europeas
cómico en el tercer mundo comer
algo espinoso llamado alcachofa

mientras, yo lavo los platos sin pago de seguro
se me ponen las manos cuarteadas por los ácidos
y no tengo más por hacer
que pasar enfermo mostrando esta peste
que circula envenenando mis venas

los mugrientos pulmones
entonces por desvanecer



Epílogo

1

Vendrel fuma en su habitación ventilada

hay un incendio

el humo espeso de un poema
pone a prueba el chorro de agua
de sus rimas
sueltas térmicas pírricas

estoy en un paisaje en derrumbe
una mujer muere a dos
sobreviven donde estaba el cielo

Porque no hay más muerte después de la muerte
Porque no hay más vida después de la vida



2

qué dirá la poesía de escribir un tema
seguro

a alguien que pelagra desde la noche de la iguana

vagando por las cloacas recogiendo
corazones enfermos

dialéctico a lo que sirve el zumo de limón
finalmente en un vaso

y abrir la boca del alma para probar un tubo de ensayo

las palabras cambian
y no van a dormir nunca ni debajo de árboles
o en esa mentira que es el cielo

el poema es un descarado que no sabría
si aflojar la tuerca
o apretarla

para ser salvo o haber sido algo importante

.....

3

cuarto día

no escribo una sola palabra frase

 revólver.

en calma, detenido, soy sentado en la cama por mí

mí, me lleva al baño

y la sala es una terminal de pasajeros:

mis hijas mis tías

mi bisabuelo perdido en su silla algo planea con ella

nada es cierto entre el borde de la refrigeradora y la cortina soplando

me lavo las manos y a veces no.

lo olvido y regreso a la pluma

y me sale una cascada en un bosque que nunca vi ni en foto,

ni en la mente, ni en la inteligencia de una lluvia que en este momento cae

y...

me duele tanto no haberte abrazado tanto



TERCER LUGAR

LA SEGURIDAD DE LAS COSAS SUELTAS



BLADIMIR VIQUEZ
Chiriquí

IPEL

Premios 2020

XL Concurso Nacional a la Cultura Laboral

SEGURIDAD LABORAL, FUNDAMENTO DEL
TRABAJO DECENTE

Categoría: **Poesía**

Título de la obra: *La seguridad de las cosas sueltas*

Pseudónimo: Leo

La seguridad de las cosas sueltas

Por: Leo

Hay
tiempo para todo
aunque tengamos el calendario
escupiendo sus hojas sueltas en nuestro rostro
y el reloj galopando en nuestros oídos
con su péndulo indolente;
hay tiempo para guantes
cascos, gafas, tapones, botas
arneses y máscaras (nunca antes mejor dicho)

—o—

Hay
el humano de la calle
que vive con una quincena
que dura cinco días
que se machaca el cuerpo
que se funde y se enfunda
guantes, máscaras, tapones
botas, delantales, antifaces

hay un hombre de la calle,

héroe de la casa.

—o—

Hay

hoyos y cristales rotos en el horizonte

y la inseguridad nos abraza

nos ronda día y noche.

Mientras la existencia nos ata a su existencia

la sonrisa está en las cosas sueltas.

—o—

Hay

que estar convencido

de que en el prevenir está el evitar lamentarse

de que es mejor prevenir que intentar curar.

—o—

Hay

el tiempo por un lado

y los calendarios y relojes por el otro

para balancearnos
con la certeza de que no caeremos
construyendo vida a lo largo de la vida.

—o—

Hay
luces de los besos añejos de domingos
y necesidad de atarnos
cosas sueltas que nos liberan de las incertidumbres.

—o—

Hay
espejos que empañan nuestra mirada;
hay manos ocupadas, marchas continuas,
respiros constantes, miradas fijas
oídos atentos
con la conciencia permanente y afianzada al existir.

—o—

Hay
pasos de los días que la presencia escruta

en el bramar del viento
solo que no se siente la presencia
en los hogares
si falla una de las cosas sueltas.

—o—

Hay

bálsamos en las plegarias
aunque muchas veces las cosas que nos constituyen no nos salvan;
nos salvan los pasos calculados.

—o—

Hay

sabores a metal
y cosas sueltas que nos atamos
nos enfundamos, nos ponemos,
nos calzamos, nos colocamos
y que nos meten en la vida
en la vida en la que estamos metidos.

Hay

cosas que nos anticipan: el polvo, la chispa,

el ruido, el escombros, el clavo, la basura

el metal roído, el filo, la punzada y la caída.

—o—

Hay

elementos que hemos creado con nuestras manos

deliberadamente

que nos protegen, que se adelantan

a los eventuales lamentos que nos anticipan.

—o—

Hay

heridas que no han llegado

pero que rondan nuestros brazos

nuestras manos, nuestros pies

que nos miran agazapadas

que huelen el descuido.

Hay

protecciones que se adelantan

a todo lo anterior y a un etcétera

de manos gigantes y vivaces.

—o—

Hay

siempre una salida

no busquemos la excusa

quizás no hemos encontrado aún la ventana

o la puerta para no estar encerrados en las incomodidades

de portar lo que no se nos ha dado por naturaleza.

—o—

Hay

que proteger los sentidos

los sentidos que nos protegen.

—o—

Hay

paisajes de incidentes

y momentos en que olvidamos las heridas
mientras las cicatrices no recuerdan el dolor.

—o—

Hay

Discusiones,

no obstante, estamos seguros

de que primero fue el peligro

luego el miedo

y después la eclosión del verbo protegerse.

—o—

Hay

cosas en nosotros que esperan siempre

aunque algunas esperan no esperar.

—o—

Hay

clavos y martillos

que duermen en la misma caja.

Hay

que saber que la vida

se deshace y se rehace

en cada respiro, en cada movimiento, en cada acción,

aunque a veces la sonrisa de un descuido nos traiciona.

—o—

Hay

que construir nuestra esperanza

con cada bloque que pegamos

con cada clavo que entra en la madera

con cada trozo de metal en la estructura

con cada paso enfundado en nuestras botas.

—o—

Hay

días en que se aferran las adversidades

que nos poseen y que creemos poseer.

Hay

arneses que nos acarician la cintura

esos que nos hemos abrochado

junto a la conciencia empuñada en el pecho

y nunca nos preguntamos el porqué de sus caricias.

—o—

Hay

una contraparte de la caída:

el arnés atado a nuestra cintura

y a una estructura fija.

—o—

Hay

arneses que abrochan el temporal

como única certeza de estar suspendido.

—o—

Hay

arneses que relevan el brazo del azar y la suerte

con la fuerza del pecho de un hombre

que respira cemento y arena.

—o—

Hay

que pensar que si quiero escuchar música

debo aferrarme

a los arneses que me sostienen

que sostienen mi vida

como la campana al péndulo.

—o—

Hay

que atarse al arnés

como el eje a las manecillas que transfiguran el tiempo en el aire

como el punto de soldadura que sostienen la viga

que se bamboleaba desde los brazos de las grúas

y que me conduce a mirar desde otro ángulo la vida.

—o—

Hay

por el contrario

el que posee las riquezas
el que construye con dinero
y duerme aferrado, si es que duerme,
a la bolsa de New York, Tokio, Londres, París
mientras otros se aferran a la vida con un guante y un arnés.

—o—

Hay
momentos que quiero escuchar música
mientras un piano es tocado
con manos de reloj y cadencia
amputadas por el ruido de un ventilador que gira inerme.

—o—

Hay
cosas que se desprenden y caen.

—o—

Hay
resistencia proporcional
al golpe y a la gravedad del objeto

que se fatigó de estar sostenido.

—o—

Hay

el casco que es como el plato de lentejas al pobre

que protege de tornillos,

de escombros, de piedras, de plomos mal atados

y de un sueño que se bate entre el regreso

y el volver a empezar.

—o—

Hay

que tener la cabeza bien puesta

y sobre ella bien puesto un casco;

que lluevan escombros y gazas de metal

sin clamar ni mirar al cielo,

porque entonces también necesitaríamos una máscara.

—o—

Hay

la gravedad de la herida

y la del objeto que se desprende

por la gravedad.

—o—

Hay

un ruido exterior de excesos

que abre sus fauces

a golpe de martillo y de taladro.

Hay un ritmo interior que se abre cuando cierras

con tapones auditivos tus oídos ante la obediencia

de proteger tus sentidos.

—o—

Hay

el peso de las botas con punta de hierro

(que es directamente proporcional

al respiro y aliento de futuro)

que no son para caminantes

sino para obreros que caminan de puntillas

sobre escarpas, fragmentos metálicos y vidrios rotos.

Hay

la vaina al cinto

que envuelve el cuchillo, el machete, el punzón

y guarda la herida y la cicatriz que no han llegado.

—o—

Hay

que entender que las eventualidades no tienen piedad

son un líquido que se desborda sin control

son un ojo negro, vacío

que nos acecha inmensamente

sin fronteras.

—o—

Hay

necesidades de abordó

que no se borran.

—o—

Hay

luminosidades que hieren los ojos

Hay

accidentes que nos golpean

al rostro sin piedad

con mundos invisibles.

—o—

Hay

superficies que no se pueden tocar

porque cabalgan en sus ejes.

—o—

Hay

ruidos y sonidos como cantos de sirenas.

—o—

Hay

gases y polvos que no se deben respirar

ni saborear

ni escuchar en sus dominios.

Hay

sombras que nos habitan

y olores que se detienen frente a nosotros

polvos que nos interrogan

humo horizontal que permanece en nuestra esfera

gases migratorios y estáticos

que acechan nuestro cuerpo sin recular.

—e—

Hay

figuras en la lluvia

y la necesidad de enfundarnos

en las manos laceradas, callosas, ampolladas, tersas

que anteponeamos como pantallas ante la boca y la nariz

los guantes de héroe que han arreado la felicidad.

Hay

ruidos que son necesarios

y que es necesario evitar

ruidos de martillos constantes

de taladros enervados

que nos taladran el yunque y el martillo.

—e—

Hay

respiros que son como los muebles

que han olvidado el árbol

que le dio el aliento.

—e—

Hay sollozos que no se olvidan

aunque estén atados con máscaras

que flagelan los polvos invasores.

—e—

Hay,

por un lado, amuletos y rituales

y por el otro, guantes, máscaras, arneses

y tiempo para su espacio.

—o—

Hay

quienes han olvidado las mascarillas

en un almacén lleno de polvo

faro y filtro de pulmones

faros y plumas de conductos humanos

filtros de territorios pulverizados de otros territorios.

—o—

Hay

que estar preparado para los golpes.

Bendito aquel

que no ha masticado granos de arena

que no ha respirado polvo de cemento y escombros

que no ha recibido una piedra en la cabeza sin casco

que no ha recibido un golpe de martillo en una uña sin guante

que no ha escuchado el ruido del *jackhammer* contra el concreto

que no ha deslizado su carne sobre el filo de un machete o cuchillo

que no ha sido impactado por la luz del contacto del electrodo y el metal

¡Bendito aquel!



CATEGORÍA



DÉCIMA



PRIMER LUGAR

JUAN SEGURO



ELPIDIO GONZÁLEZ LAM
Veraguas



Juan Seguro

Autor: Garabato

Con dos situaciones reales
Emerge desde lo oscuro
La historia de Juan Seguro
Con su amigo “Chan” González

I.

**Cabalgando cada cual
en lomos del sacrificio
dos albañiles de oficio
ponen pie en la capital.
Salieron del arrabal
en pos de sueños iguales,
con aspiraciones tales
por alcanzar lo imposible:
Presento un tema sensible
Con dos situaciones reales.**

II.

**Uno quería su contrato
enfocado en el salario
el otro, por el contrario,
era cauto y muy sensato.
Después de andar mucho rato
viendo escaparse el futuro,
de pronto, como un conjuro,
el destino los saluda,
un remedio que, sin duda,
Emerge desde lo oscuro.**



III.

Había un salario jugoso
difícil de rechazar
que aceptó, sin vacilar,
“Chan” González muy gustoso.
Juan le dijo, receloso,
¡no aceptes porque es muy
duro! Trabajar, te lo aseguro,
sin protección laboral;
es una tragedia actual
La historia de Juan Seguro.

IV.

“Chan” González se resbala
sin andamios al momento
busca aferrarse en el viento
descendiendo como bala,
cae al suelo, donde exhala
cuatro suspiros finales...
Hay normas fundamentales
para evitar, pienso yo,
el caso que Juan vivió
con su amigo “Chan” González.

Autor: Garabato



SEGUNDO LUGAR

LA INMIGRANTE



JOSÉ DIONES ARAÚZ CABALLERO
Panamá



La Inmigrante

Ser inmigrante fue mi mal
explotada por la gente,
sin un trabajo decente,
sin seguridad laboral.

Relataba así la mujer
su personal pesadilla,
inquieta en esa silla,
con mil lágrimas en su ser.

Es triste mi acontecer:

“yo procedo del Jaragual
allá en mi país natal,
entre cien selvas oscuras,
entre miserias y duras,
ser inmigrante fue mi mal.”

Oiga usted mi relato:

a rayas la he pasado,
de todo he laborado
inclusive con maltrato.

Es duro este mal rato
y a veces deprimente,
me tratan indiferente,
con poca oportunidad,
expatriada, sin igualdad,
explotada por la gente.



Lamentando la situación,
comentó el funcionario:
“es que ustedes a diario
sufren de discriminación”.
El MITRADEL da la opción,
da humanitariamente
al extranjero vigente,
da un estatus laboral
si sufre exclusión social,
sin un trabajo decente.

Entre sollozos la mujer
de la trata rescatada,
claramente vulnerada
clama auxilio de su ser.
“Es del gobierno menester
dar una asistencia legal”,
así le dice el oficial
a la joven en problema,
que sufre del gran dilema:
sin seguridad laboral.



TERCER LUGAR

POR LA SENDA DEL PROGRESO



LIZANDRO QUINTERO RODRÍGUEZ
Herrera



Título: Por la senda del progreso

Seguridad laboral

un fundamento evidente

para el trabajo decente

que proyecta el bien social

I.

La prudencia en cada aurora
sin duda es más que
importante, con ella sigue
adelante
la clase trabajadora.
La normalidad de ahora
en el marco empresarial,
es otro aspecto vital
que junto a lo que devenga
logra que el obrero tenga
seguridad laboral.

II.

Tener la disposición
de cada equipo adecuado,
nos da como resultado
logística y protección.
Los datos, la información
tienen un rol eminente,
la vigilancia prudente que
impulsa cualquier servicio,
es dentro de todo oficio
un fundamento evidente.

**III.**

Un taller certificado
para la alimentación
en la manipulación
requiere de un gran cuidado,
cuando todo sea llevado
hacia un punto competente,
habrá un bienestar creciente
que brillará como base
y un crédito en cada fase
para el trabajo decente.

IV.

Con la señalización
tiene ventaja el transporte,
se disminuye el reporte
de cualquiera colisión;
surge así la convicción
de un parámetro legal,
protege y da por igual
como labor colectiva
esta regla defensiva
que proyecta el bien social.

Seudónimo: El tiempo

CATEGORÍA



CUENTO

JURADOS

- 1- PROFA: DANAÉ BRUGIATI
- 2- PROFA: ANAÍS MORÁN
- 3- LICDO: FRANCISCO MARTÍNEZ

CATEGORÍA



POESÍA

JURADOS

- 1- PROFA: MARGARITA VÁSQUEZ
- 2- PROFA: YOLANDA ATENCIO
- 3- LICDA. ALESSANDRA MONTERREY

CATEGORÍA



DÉCIMA

JURADOS

- 1- PROFA: YOVALYS BARRIOS
- 2- PROF: EFRAÍN GONZÁLEZ
- 3- PROF: FÉLIX QUIRÓS

CATEGORÍA



ARTESANÍA

JURADOS

- 1- PROFA: SANDRA DE ALAÍN
- 2- LICDA: MÓNICA PÉREZ
- 3- LICDO: HUMBERTO GÓNZÁLEZ

CATEGORÍA

JURADOS



1- PROF: ALVIN CERRUD
 2- PROF: RUBÉN CONTRERAS
 3- PROF: JERRY LESTER MENDEZ

ESCULTURA

CATEGORÍA

JURADOS



1- LICDA: CRISTINA ORDOÑEZ
 2- LICDO. SERGIO SMITH
 3- PROF: DAVID VEGA

PINTURA

CATEGORÍA

JURADOS



1- LICDA: TARINA RODRÍGUEZ
 2- LICDA. SAHARA SAMUDIO
 3- LICDO: FEDERICO GALBRAITH

FOTOGRAFÍA



REPÚBLICA DE PANAMÁ

— GOBIERNO NACIONAL —

**MINISTERIO DE TRABAJO
Y DESARROLLO LABORAL**